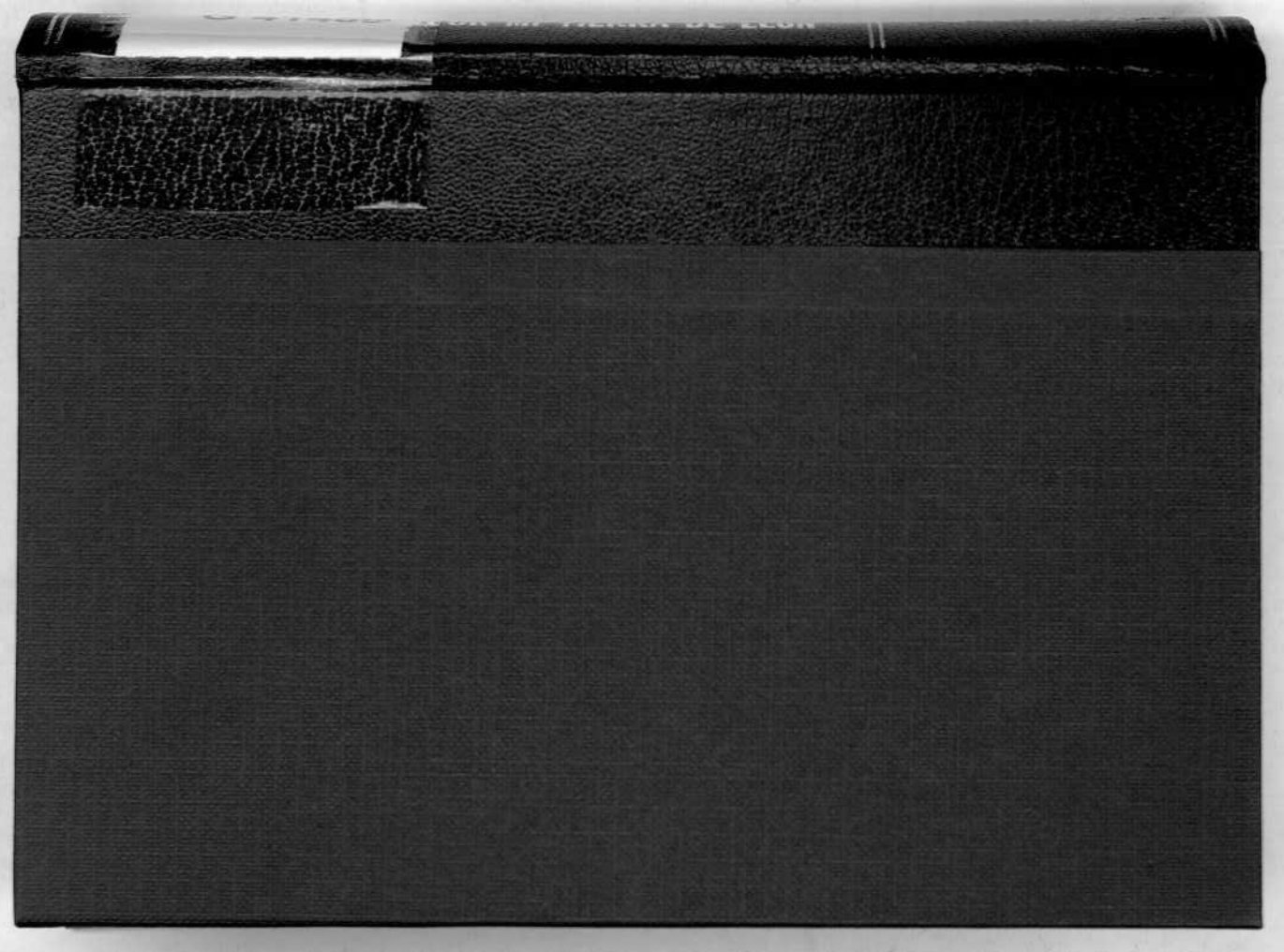
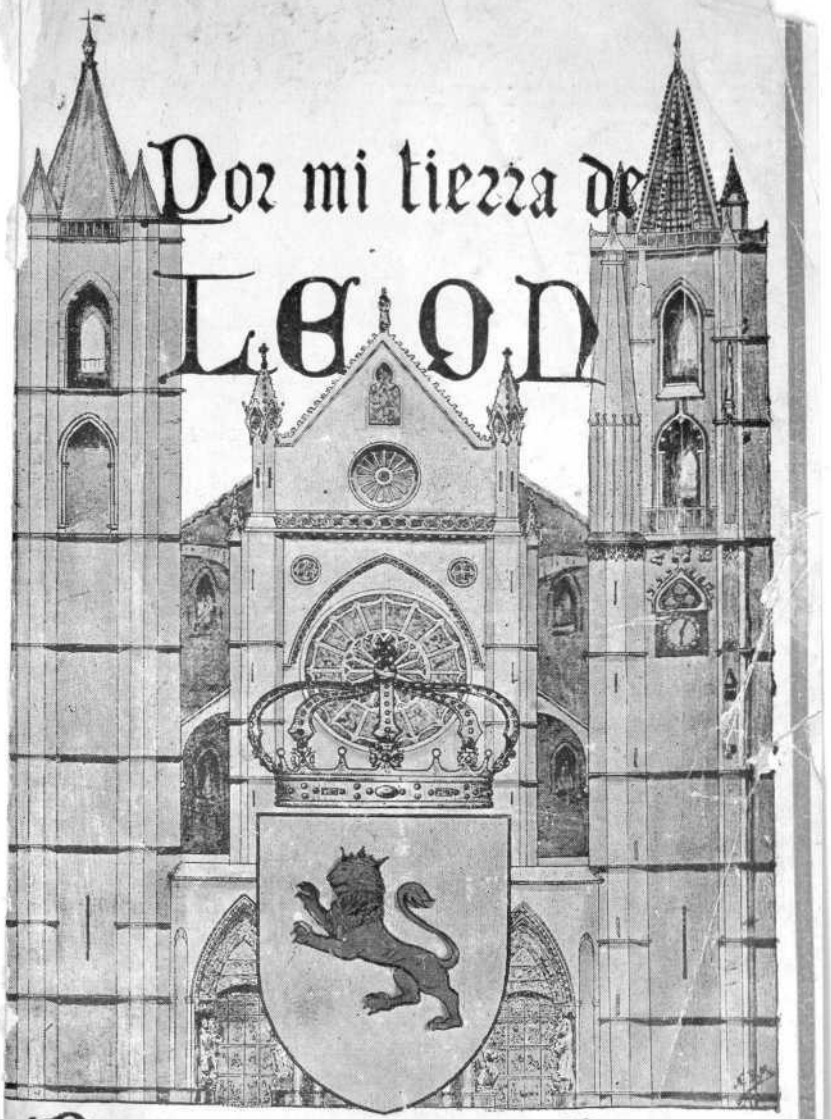


MANRIQUE

C/ GARCIA LESMES, 4
Tfno.: 983 30 69 45
VALLADOLID

Por mi tierra de LEON



Poesias. Nicolás Benavides

DGEL
D

NICOLÁS BENAVIDES MORO

POR MI TIERRA DE LEÓN

(POESÍAS)

PRÓLOGO DEL EXCMO. SEÑOR

D. JOSÉ M.ª DE ORTEGA MOREJÓN

□ □ □

VALLADOLID:
TIPOGRAFÍA «CUESTA»
1920

+.160496
C.1203043

que espontáneos nacieron, me parecen
himnos que vibran en los patrios lares;
ellos viejas leyendas reverdecen
y, como el sol sobre su fértil llano,
para el alma del pueblo resplandecen.
¡Leed, leed! Añejo castellano
al esmaltar los versos, nos enseña
la fuente en que bebiera el *manco sano;*
la voz de nuestro tiempo no desdeña
y, añorador de amores juveniles,
con casto amor para el futuro sueña.
Trepa a las rocas, cruza los pensiles,
y al margen de inflexibles ecuaciones
con lápiz traza en ímpetus febriles,
las notas que, al azar, oyó en canciones
donde el alma del pueblo se revela
sin misterios, ni dudas, ni ficciones;
y teniendo los campos por escuela
en ellos ama la expresión sencilla
que, como alondra, sobre el surco vuela.
¡Bien vengan los poetas de Castilla
que por la Patria y el Amor escriben
versos sobre un tambor, como hizo Ercilla!
Ellos la santa inspiración reciben
entre el humo del rápido barreno
y entre las armas, por las cuales viven;
y cuando en las quebradas del terreno
clavan la tienda nómada, saludan
un porvenir feliz, de glorias lleno.

En él los triunfos de la Patria escúdan
con sus nobles y bravos corazones
que ni de fe ni de ideales mudan;
y para compendiar sus ilusiones
en *algo* que se sienta y que se vea,
al aire lanzan plácidas canciones
que del alcázar a la humilde aldea
saben llevar el hálito sublime
del Genio que en las cumbres centellea.
Ved este libro en cuyos versos gime
un corazón que busca su consuelo
en la misma nostalgia que le oprime;
bajo la muda inmensidad del cielo,
tras cumplir su deber, pulsó la lira
para que el alma remontase el vuelo;
y en la misma ternura en que se inspira
deja ver, junto al temple del soldado,
su espíritu sin odio y sin mentira.
No aparece su verso cincelado
con sabia sequedad, ni es tan perfecto
que no peque, tal vez, de descuidado;
pero sale a borrar este defecto,
si es defecto, espontánea y deliciosa
la sencillez, que, por camino recto,
como aura perfumada y bulliciosa
se entra en el alma y al llegar a ella,
como en hogar idílico reposa.
Allí cambia en consuelo su querella
y rinde los laureles conquistados

al pie de una mujer, honrada y bella.
¡Alcemos pues, los ojos enturbiados
por lágrimas de estéril pesimismo,
a los cielos de estrellas esmaltados;
ruede el miedo cobarde al negro abismo,
borre un himno de amor todo lamento;
luchemos por deber y patriotismo
y, al dar al corazón paz y contento,
aunque surjan humildes las canciones
que te invito a leer, ten por seguro
que ellas endulzarán tu sufrimiento
haciéndote aspirar el aire puro
del pueblo en que el honor tiene su asiento!

JOSÉ M.ª DE ORTEGA MOREJÓN.

OFRENDA

A LA BAÑEZA

Te abandoné, de niño, para buscar la vida,
errática mi mente tras un sueño de gloria,
pero jamás se pudo borrar de mi memoria
la imagen de mi pueblo, amada y bendecida.

Me viste cada poco tornar a tu acogida
buscando en tu regazo recuerdos y canciones,
y, noble, me obsequiaste con tan amantes dones
que tengo el alma siempre a ti reconocida.

Yo, que pagar mi deuda ardientemente quiero,
corrí tras unas rimas y logré darles presa
en la región hermosa que, con ardor, venero;

las encerré, amoroso, en mi pobre joyero,
y, por brindarte rasgos del alma leonesa,
aquí te las ofrece, humilde, este coplero.

PROEMIO

EVOCACIÓN

Era en León. Yo niño; recorría
una tarde de otoño la encantada
ciudad que honraron Lunas y Guzmanes,
y un viejo leonés me acompañaba.
El viejo era mi amigo; un noble amigo
que artísticos tesoros me mostraba:
La incomparable Catedral; San Marcos,
plateresco bordado; la románica
Real Colegiata de San Isidoro;
los retablos, los puentes, las murallas...,
todo, surgió ante mí, sublimizado
por la magia ideal de la palabra
del viejo aquel, que con sus sabias frases
iluminó la gloria de mi infancia:
—Ama tu tierra con amor inmenso
siempre, hijo mío, ámala,
pues si en arte la has visto majestuosa,
en historia ninguna le aventaja,
y en belleza, en belleza... escucha atento
y no olvides jamás estas palabras:

Si del prisma combinas los colores,
surge ante ti la luz, fúlgida y blanca,
¿verdad?; así es León; blanco destello,
luz poderosa y clara
formada por el prisma inapreciable
del variado color de sus comarcas.
El Valle de Laciana es casi astur,
tiene el Bierzo la placidez galaica,
en sus mágicos campos;
el Páramo es meseta castellana,
patriarcal es la Maragatería
y típica la tierra bañezana,
y en torno de León hay una vega
que no envidia a las vegas de Granada.
Este bello mosaico;
esta artística unión su triunfo esmalta,
que integra variedades de costumbres
y variados matices de las almas
que sienten, al unísono, vibrante,
el amor a la tierra idolatrada.

Hay agrestes paisajes
y severas llanadas;
anchas vegas frondosas
y elevadas montañas.
Canciones melancólicas
y canciones bizarras,
llenas de amor, de celos,
de penas y esperanzas.
Surgen notas de amores

de los sones de gaita,
de agarenos tambores
y moriscas dulzainas.
. . . . . .
. . . . . .

Yo estaba emocionado; yo sentía
en mí las vibraciones entusiastas
de aquel himno de amor que, del buen viejo,
cual de fuente patriótica, brotaba;
el viejo murmuraba lentamente
y en sus serenos ojos vi dos lágrimas.
—Cuando seas mayor, agregó entonces,
dedica tus canciones a la magna
empresa de loar de nuestra tierra
la belleza y la historia soberanas.
—Maestro: no sabré cantar cual quieres
de nuestra tierra la belleza santa.
—Que estimen los que escuchen tus canciones
tan sólo tu intención, y ello te salva.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Han pasado los años; majestuosa
vuelve ante mí la rigidez gallarda,
el austero ademán y aquella noble
y casta sencillez del patriarca.
Y viene de ultratumba
el eco de su voz, dulce y lejana.
Ha tornado a rezarme aquellas glorias

de antaño, y a pedirme que cantara.
Yo respondí:
—Buen viejo: Vuelve a hablarme
y seré el eco fiel de tus palabras.
En tus gratas canciones hay un goce,
una estela de amor y una fragancia
tales, que no quisiera se perdiesen
las gotas del licor que tú me escancias,
aunque sé bien que al vaso en que lo sirva
la cristalina transparencia falta,
y no será mi voz como debiera
para cantar a mi pequeña patria,
porque de sus bellezas variadísimas
sólo algunas mi mente a ver alcanza.
Yo uniré mis amores, mis recuerdos,
todas las efusiones de mi alma,
mis horas de alegrías y de penas
por sentir tu canción e interpretarla.
—Era en León..., murmura pensativo,
sumergiéndose en mística plegaria.
El viejo vuelve a hablar, y yo repito:
—Era en León...,
y el ronco cisne canta:

¡SALVE, LEÓN!

¡SALVE, LEÓN!

Era un emigrado
quien así cantaba,
cuando recordaba
su León querido;
de luchar rendido,
paz le pide al cielo,
pero su consuelo
en su tierra estaba;
de ella enamorado,
era un emigrado
quien así cantaba:

—¡Musa retozona
de la tierra mía:
trae tu lozanía,
tu alegre cantar!
Quiero yo alegrar
con la tu belleza
esta mi tristeza,
la melancolía

que el dolor pregona.
¡Musa retozona
de la tierra mía!

¡Oh, mi tierra noble,
tierra leonesa;
eres la princesa
con quien yo soñé;
para ti tendré
mi mejor canción,
que en mi corazón
para ti está presa
cual raíz de roble!
¡Oh, mi tierra noble!
¡Patria leonesa!

Dame de tus valles
la sedante calma,
la que presta al alma
plácido gozar;
dame el bienestar
de tus perfumados
montes, de tus prados,
de la paz que ensalma
las dormidas calles;
dame de tus valles
la sedante calma.

Bravas oraciones
de tu romancero,

escuchar yo quiero
para mi solaz;
breve fué tu paz
cuando guerreabas
y de ti arrojabas
al árabe fiero,
y eran tus canciones
bravas oraciones
de tu romancero.

En las recias cotas
y en las armaduras
mostraba sus duras
garras el león;
tu inmortal legión
penetró en Castilla,
y ante el moro brilla
un sol de derrotas
en las recias cotas
y en las armaduras.

Los gloriosos hechos
de tus infanzones,
en bravas acciones
llenas de valor,
nobles, te ensalzaron;
Suero es el Amor;
Guzmán, el Honor,
y ambos demostraron

que sus corazones
personificaron
en sus nobles pechos
los gloriosos hechos
de tus infanzones.

Hay en las entrañas
de tu amado suelo
ricos minerales,
mágico tesoro
allí sepultado;
tu corona, de oro,
será nuevamente
león esplendente
de hechos inmortales;
para tus hazañas,
como don preciado,
la harán los metales
que hay en tus montañas,
que hay en las entrañas
de tu suelo amado.

¡Salve, tierra mía,
tierra leonesa!
¡Salve, la princesa
de mi eterno amor!...
Juro por mi honor
jamás olvidarte;
siempre he de ensalzarte,

y esta llama, presa,
que mis pasos guía,
para ti está encesa
siempre, noche y día.
¡Salve, tierra mía!
¡Patria leonesa!

LEGIO SÉPTIMA GEMINA (1)

(1) Véase nota A, al final de la obra.

LA URBE

—

León, fuente de gloria castellana;
León, vega serena, granadina;
León, alma del pueblo, soberana;
León, leyenda pura y diamantina.
Noble ciudad que aún tienes mil cosas
llenas del recio ambiente medioeval;
urbe que alegre ostentas, orgullosas,
las torres de una esbelta catedral.
Vieja ciudad que vives todavía
sumida en una dulce somnolencia;
amante son, extraña melodía
que el paso de los siglos reverencia.
Solar augusto de épicos guerreros
orgullo de la historia de Castilla;
lar en que existen muros altaneros
donde el recuerdo de la guerra brilla.
Arca de oro que tienes encerrado
el fiel vestigio de las glorias muertas;
indolente refugio del pasado
que, aunque lento, a la vida, al fin, despiertas.

Sarcófago que guardas las cenizas
que te legaron belicosos reyes;
cuna de un fuero en el que simbolizas (1)
la santa libertad de nuestras leyes.
Yo te siento, ciudad noble y guerrera,
a la vez poetisa y luchadora;
la «Torre de Almanzor» es tu bandera (2),
la Catedral tu musa inspiradora.
En sus empresas, bélicos hispanos
fueron los que entonaron tus canciones;
las espadas brillaban en sus manos
y el león campeaba en sus pendones.
Resuena, brava, una canción de guerra
en tu bendito seno, poderosa;
tu león dominó toda la Tierra
en una lucha trágica y gloriosa.
. . . . . .
. . . . . .
En ti, León, bajo el nocturno manto,
todo sabe a leyenda y poesía;
cualquier amante son o dulce canto
tiene en tus calles mágica harmonía.
Rincones legendarios tus rincones,
tus callejas y tus encrucijadas,
donde suenan de noche imprecaciones,
galantes frases y chocar de espadas.

(1) Véase nota B.
(2) Véase nota C.

Tus hijos son artistas, tus mujeres
son bellezas del arte inspiradoras;
yo te siento tan grande como eres
y te miro en mi alma a todas horas.
León, león austero y venerable;
León, soberbia y milenaria encina;
León, patria de amores, adorable;
León, leyenda pura y diamantina...

LA CATEDRAL

A LA MEMORIA DE MI INOLVIDABLE AMIGO, EL MALOGRADO JOVEN
FERNANDO FERNÁNDEZ CASADO

En una de esas noches que absortos contemplamos
y bajo cuyo influjo, extáticos, soñamos;
en una noche de esas en que hasta el cielo sube
la mente del poeta, como serena nube
que la luz de la luna desciende a iluminar,
pasé junto a esa mole, del arte maravilla,
que al elevar sus torres la población humilla,
quedéme contemplando su mágica estructura
y, allí, como saliendo de antigua sepultura,
dijo una voz sonora que yo creí escuchar:
—Yo perpetúo en piedra de reconquista el grito,
yo soy el monumento que, férvido y contrito,
elevó un gran monarca para ensalzar la gloria
que grabó en San Esteban de Gormaz nuestra historia,
contra las huestes árabes el triunfo al reseñar.
Ostentan, majestuosos, mis regios ventanales
sacros asuntos sobre polícromos cristales,

y en la soberbia torre, que al rayo desafía,
se alza, acerada y fuerte, amante, santa y pía,
la cruz, que eleva al cielo los rezos del altar.
Soy recuerdo perenne de aquella gloria hispana;
en mí el arte se muestra tan severa y lozana,
que al verme se extasían los necios y los sabios,
y frases de alabanza se elevan a sus labios,
y lloran cuando rezan..., y rezan al llorar.
Desde el cimiento esclavo a la altiva veleta
no me forjó un artífice, que me soñó un poeta;
no es de piedra, es de versos esta materia mía;
no soy un monumento, soy una poesía,
soy el romance bélico y el inmortal cantar.
De la luz de la luna bajo el austero influjo
me envuelvo en blancos hábitos de secular cartujo
y, al penetrar sus rayos mis amplios rosetones,
sus matices reflejan en bellas variaciones
que en mi interior, aladas, se van a dibujar.
Los sonidos del órgano se extienden por las naves,
y sus nobles cadencias, serenas y suaves,
funden de su harmonía la gama excelsa y pura
con la harmonía grácil que hay en la arquitectura,
como al beso del viento canta, tenue, un palmar.
Reposando en su tumba, dormido en el misterio,
detrás del ostentoso, del magno presbiterio,
junto a caladas verjas de sutil ferrería,
que son como un encaje, cual flor de orfebrería,
yace Ordoño Segundo, de memoria ejemplar.
Fué el monarca piadoso que cedió su palacio

porque para mí hubiera cumplido y amplio espacio;
fué el leonés monarca que, al verse victorioso,
cediendo al sentimiento de su ardor religioso,
de su fe el testimonio quiso a Dios elevar.
Cada triunfo glorioso que su pueblo lograba
más la fe en el futuro resurgir consagraba,
más la noble esperanza en las almas ponía
de ver la Patria libre en no lejano día,
y fué en mí el arte intérprete del bizarro pensar.
En mí penetró aquella gran raza de valientes
para inclinar, humildes, aquellas nobles frentes;
yo guardo los rescoldos de aquella fe tan viva,
parece que sus preces chocan en la alta ojiva
y que oigo en mi seno los rezos salmodiar.
Llegaron otros hombres que aquella fe tuvieron
en la gloria de España, y a España engrandecieron;
a través de los mares sus banderas llevaron,
y otras tierras ignotas con valor conquistaron,
y fué España triunfante en la tierra y el mar.
Después... ya no anidaban virtudes en los pechos;
después, fueron borrándose los portentosos hechos
del guerrero y del sabio, del monje y del poeta;
y ya el mundo, la gloria de España no respeta,
y las banderas vuelven al hispano solar.
Y, después, otros hombres al pueblo dirigieron,
y la fe en los destinos de la patria perdieron;
España fué marchando maltrecha, triste y rota,
de desgracia en desgracia, de derrota en derrota,
sin que nadie lograra su dolor evitar.

¡Despierta, Patria amada, y aleja el sueño impuro,
resurge, como el fénix, a mi filial conjuro;
del fondo del abismo elévate, briosa,
arranca del letargo tu vida poderosa
y lucha por salvarte, porque aún puedes luchar!
Demuestra al mundo entero que aún eres gigante,
que tienes energía, y fe que te levante;
que venga ya la aurora de tu mañana de oro,
quiero ver la alegría, quiero escuchar el coro
que entonarán tus hijos al verte despertar.

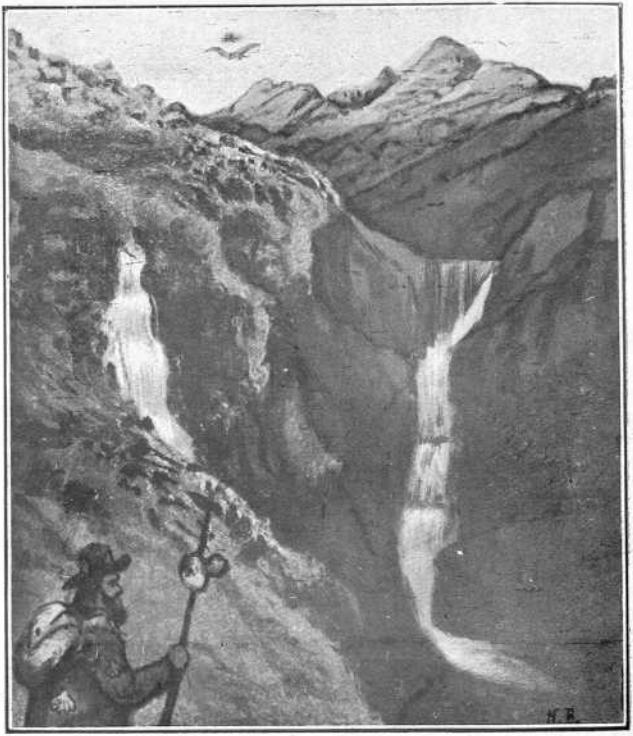
. . . . . .

. . . . . .

Calló la voz; las cosas en mi redor contemplo;
no hay nadie; ante mí surge la majestad del templo;
la brisa débil sopla, la noche está serena,
el cielo es mar azul, bajel la luna llena,
y el pensamiento quiere bogar en aquel mar.
Extraños sentimientos al alma mía llegan,
las tintas de la aurora, suaves se despliegan,
saludan su llegada los pájaros y flores,
y allá, en la lejanía, dichoso en sus amores,
entona un zagalillo, alegre, su cantar...

Véase nota D.

EN LA CORDILLERA ASTUR-LEONESA



EL TORRENTE

Rasga el silencio la canción triunfante
del fragoroso estruendo del torrente
que se despeña en rápida corriente,
soberano, sonoro, crepitante.
El austero paisaje, de un creyente
diera solaz a la mirada santa,
que desde el triste suelo se agiganta
a otra región de luz resplandeciente.
Marcha hacia Compostela, vacilante,
un peregrino, con el paso lento,
y al pasar junto al agua escucha atento
una voz que le dice:
—Caminante
que llevas en el alma, reverente,
con extraña inquietud, vivo, anhelante,
un ensueño de amor, de Dios amante,
que otro ensueño de gloria alza en tu mente:
Sigue, sigue subiendo por el monte;
surque el llano, después, tu firme planta
y llegue al magno templo, ante el que canta
al Caballero-Santo otro horizonte.
Cuando contenta, esperanzada, intente
saciar en sacro amor su sed cruenta,
se encontrará tu alma más sedienta
y estará lejos de la ansiada fuente.

También mi remolino turbulento
quebró, para brotar, la roca ingente,
y en pos del ideal que hallar presiente
desciende por la sierra, violento.
Prosigue su camino, dominante,
y, ansioso de la paz, todo lo afronta;
después que mil obstáculos remonta,
llega hasta el mar, que le recibe amante.
Así es el alma que en su fondo siente
un ideal que altérala, inquietante;
sólo su lucha, firme o vacilante,
halla al morir la gloria redimente.
Pero tu fe, que no desmaye un punto;
que inspire tu inflamado pensamiento,
porque, llegado tu postrer momento,
encontrará su célico trasunto.

. . . . . .
. . . . . .

La voz calló; la espuma del torrente
su blanca floración muestra, brillante;
prosigue su camino el caminante
y el agua canta en el sereno ambiente.
Alza su vuelo, airada y violenta,
la garra presta, la mirada pronta,
el águila caudal, que se remonta
al antro en que se fragua la tormenta...

En un desolado paraje de la cordillera astur-leonesa.

EL PUERTO TRISTE

Caminico del puerto
non pasa naide,
sólo polvo y arena
que barre el aire.
(Cantar asturiano.)

A mis pies se despliega triste paisaje
cuyo ascético aspecto causa dolor;
en su mar pedregoso no hay un ramaje,
sólo agrestes peñascos de gris color.
Bordea el caminejo, de la montaña
las panzudas vertientes, y al puerto va;
nadie huella, penoso, la senda extraña,
¡qué triste el caminico; qué solo está!

I

Recorre, raudo, el viento la ingente cordillera
y entre las peñas silba, cual si llorar quisiera,
con silbo quejumbroso, de queja singular;
las ramas sarmentosas, sin resistencia, arrasa,
y eleva polvorienta nube que el rostro abrasa
y en remolinos cruza el pedregoso mar.

Quiméricas visiones recorren las montañas
con bruscas contorsiones y actitudes extrañas,
retorciéndose en tristes espasmos de dolor;
son informes titanes, de la montaña hermanos,
que vagan torturando sus cuerpos sobrehumanos
porque a sus pobres almas no las ungió el amor.
Limitan el paisaje rudas líneas austeras,
asciende el caminejo por las pardas laderas
al rocoso collado que columbra a León;
cien postes de madera, sombríos e inquietantes,
como yertas picotas de tétricos semblantes,
son absortos testigos de tal desolación.
Ellos, en el invierno, cuando reina la nieve,
al que en aquel paraje a caminar se atreve
muestran la ruta firme, como un amigo fiel;
cuando la luz desmaya, fantasmas nos parecen,
y, sin embargo, ellos al caminante ofrecen
la salvación segura en el peligro aquel.

II

En un risueño valle, de deliciosa umbría,
como risueña rosa en su jardín vivía,
una asturiana hermosa, que nunca tuvo par;
por cortejarla y verla, los mozos leoneses
de un pueblo fronterizo, amantes y corteses,
el puerto atravesaban hacia el ansiado lar.
En las noches de estío, la luna, buena hermana

de los enamorados, la alegre caravana
guía, y ellos el pardo camino claro ven;
en los días de invierno, por la nieve marchando,
de los hambrientos lobos el aullido escuchando,
la ronda de amadores va en busca de su bien.
Las alegres canciones en el aire vibraban;
pensando en la mocina los mozos se inspiraban,
poniendo sus sentires en la ardiente canción;
para hacerla su reina cada cual discurría
aquello que, por serle más grato, le daría
el triunfo en el amado y esquivo corazón.
Con los mozos astures y entre sí, se salía,
por rondar a la moza, a pendencia por día,
pero nadie lograba conquistar su querer.
Complacía a la hermosa cada brava proeza,
cada tierno homenaje a su grande belleza,
y a todos daba gracias, sin llegar a ceder.
Las palabras amantes, las ofrendas de flores,
las indomables pruebas de tan puros amores,
en ella, al fin, hallaron un eco halagador;
a preferir entre ellos su sentir aún no alcanza,
pero en los rondadores latía la esperanza
de ser, cada uno, el dueño de aquel naciente amor.

. . . . . .

. . . . . .

Ya no cruzan los mozos la provincial frontera;
ya no avanzan en ronda impávida y guerrera,
llevando ante sus ojos la luz de un ideal.
Nadie cruza el collado en el puerto maldito;

yo sé la causa; vibra, como un penoso grito,
de una canción lejana la estrofa funeral:

«Caminico del puerto
ya non va naide;
¡que murió la zagala
mejor del valle!...»

¡LLEGARÉ!

In memoriam...

(IMPRECACIÓN)

Tú, que galopas por las altas sierras;
tú, que rebotas en los duros riscos;
tú, que penetras en las negras simas
revolviendo sus antros maldecidos,
y destrozas los árboles del valle
y la humilde mansión del campesino;
que silbas en los graves campanarios
con tétrico silbar, como un aullido;
que truenas en los lagos misteriosos,
que en la montaña son como los nidos
donde duerme, encantada, la Leyenda;
que barres en los puertos doloridos
los pedruscos y arenas y en aquéllos
se complace tu burla en un gemido
¡como si no debieran su tristeza
a tus asoladores torbellinos!

No me amedrentas, no; sigue avanzando,
que yo, marchando, audaz te desafío;
mi pecho luchador contra ti brega
y no me vencerás, viento maldito.
He de llegar donde el amor me espera;
mi firme paso domará tus ímpetus;
si tú eres vendaval irresistible,
yo soy barra de acero, duro y rígido.
Mi cayado hundirá su férrea punta
en las quebradas piedras del camino;
me agarraré a las peñas y mis manos
sangrarán, pero yo podré contigo.
Unos serenos ojos, allá..., lejos,
me miran y hacia ellos me dirijo;
tú me repelerás, ellos me atraen
con más fuerza que tú mermas mi brío.
Tú llevas los demonios del Averno
y a mí sólo me empuja un débil niño:
¡Cómo vas a poder cerrarme el paso,
fiero huracán, si va el Amor conmigo!

ASCETISMO

Piedras, polvo, terruños olvidados;
parameras, imagen del dolor;
montañas de León, puertos de altura
donde duerme un quejido angustiador.
Rincones de tragedia, donde el lobo
se refugia, famélico y feroz;
donde el águila reina, poderosa,
donde el buitre desgrana su honda voz.
Puertos como sepulcros que, ante el cielo,
se muestran como gestos de terror
que reflejasen la penosa angustia
con que se lanza el último estertor.
Los enhiestos peñascos, en la noche,
semejan tenebrosa aparición,
fantásticos engendros que un mal sueño
forjase con macabra evocación.
Los hombres nunca vieron que brotase
allí el alado encanto de una flor,
ni supieron jamás que allí se oyesen
los gorjeos de un pájaro cantor.

. . . . . .
. . . . . .

¡Pobre campo de muerte; dolorosa,
desoladora y trágica visión!
En las piedras y ramas retorcidas,
tal vez duerme lejana maldición,
que no se puede alzar hacia los cielos
porque a ellos sólo llega la oración.

NIEBLA

Bruma. Voy avanzando por la sierra,
sin saber dónde voy; ¿quién me acompaña?
¿quién va detrás de mí? ¿qué genio cierra
la grandiosa visión de la montaña?
Tiemblo al no ver la senda que, perdida,
en la maleza abandonó mi planta
herida por los zarzos, y me espanta
caminar por la sierra ensombrecida.
En torno mío un círculo de sombra
veo no más; no encuentro mi camino,
y en el hostil ambiente yo adivino
una voz que me llama y que me nombra.
Contornos esfumados..., una roca
trágica marca la profunda sima;
¡desgraciado de aquel que se aproxima
e, incauto, el borde del abismo toca!
¡Oh, dolor misterioso! No hallo frase
para expresar esta inquietud que siento;
es... como si la vida, en un momento,
en torno de mi sér se terminase.

En el fondo del valle, un esquileo
me pareció escuchar, y algún balido;
mas... ni pastores ni rebaños veo...;
y... ese sordo rumor... ¿es un rugido?
¡Llanuras de León! ¡quién estuviera
en vuestra noble anchura! ¡quién os viese!
¡pobre de mí, Señor, si no pudiese
llegar allí donde el amor me espera!

Caminejo ignorado...; hogar incierto;
¿en dónde dormiré, si me extravío?
¡Negra será mi suerte si no acierto
a salir de este horrible desvarío!
Moja la niebla cuanto toca, y pone
en la hierba su escarcha brilladora,
¡y pensar que, en Castilla, esta es la hora
en que el claro horizonte el sol traspone!
. . . . . .
. . . . . .
¡No me dejes, Señor; no me abandones!
¡No me dejes morir de hambre y de frío!
¡Una luz, una luz...! ¡Oh, gratos dones
a quien me arranque al infernal vacío!

TRANSICIÓN

I

ASTURIAS

Sale el tren de los bosques y sube lentamente
de Fierros a Pajares, la penosa pendiente,
como un viejo cansado que apenas puede andar;
las acusadas curvas recorre, jadeando
y, trabajosamente, su masa va elevando
y es casi nulo a veces su lento caminar.
Y a medida que vamos, poco a poco, ascendiendo,
contentos nuestros ojos van la hermosura viendo
del valle, de un suave y variado verdor;
las alegres quintanas, los blancos caseríos,
los florecidos huertos, y los bosques sombríos...
y todo, va mostrándose con su regio esplendor.
La niebla, que corona las cumbres, ha venido
a nosotros, y todo nos lo ha oscurecido,
y en ella se sumerge, ocultándose, el tren;
todo cuanto miramos cerca, pronto se esfuma,

y seguimos marchando, envueltos por la bruma,
que, al envolver el alma, la entristece también.
Ya no se ven los bosques ni los pueblos dormidos,
ni los fértiles valles, ni los huertos floridos,
ni las cumbres esbeltas que la nieve besó.
Ya no se ve el paisaje que hace un poco miramos;
por la niebla tupida, sin cesar, caminamos
como un cuerpo, rendido, que en la nada cayó.
Entró el tren, fatigado, en el túnel postrero
de Asturias; jadeante se oye al monstruo de acero
y la montaña toda parece retemblar;
salimos, ya en León; el cielo es despejado,
Asturias, nebulosa, hemos abandonado,
y ya el mirar es gozo, y es gozo el respirar.
Asturias... ¡Oh, qué espléndida mujer maravillosa!;
exuberante y próvida, hecha nardos y rosa,
adormecida, sueña un ensueño de amor.
Perezosa y envuelta en el flotante velo,
en las sutiles gasas de su pardusco cielo,
un cielo misterioso, triste y ensoñador.

II

VERTIENTE LEONESA

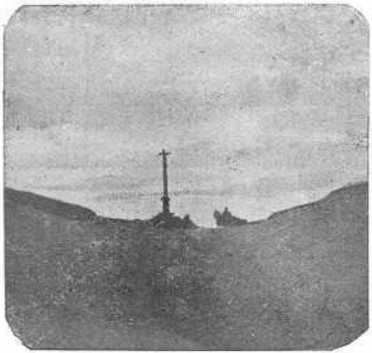
Montañas descarnadas, peñas abruptas,
regueros torrenciales, sendas perdidas;
frío, nieve en las cumbres, valles angostos,

tierras tristes y yermas y doloridas.
Visión dantesca; tienen las peñas rotas
como el retorcimiento de una tortura;
por eso nos sentimos, ya, libertados,
cuando desembocamos en la llanura.
Parece que salimos de horrenda sima
refugio de dolores y de tormentos,
y que los montes lloran; y que escuchamos
los ecos de sus ayes y sus lamentos.

III

LA ESTEPA CASTELLANA

Después de atravesar los verdes prados
que rodean León, llenos de frondas,
entramos en Castilla; esta Castilla
fuerte, fecunda, grave y luchadora.
La inmensidad del cielo
azul; llana la tierra,
la tierra bendecida
que devastó la guerra.
Bajo la cruz sencilla,
junto al humildè apero
duermen: un recio escudo
y un fulgurante acero...



DESDE EL PÁRAMO

CASTILLA

Como el acantilado de una costa,
la meseta, roída por las aguas,
parece derrumbarse
sobre la rica vega castellana.
El río va diciendo sus amores;
cantos de tradición, leyendas castas
de príncipes, de monjes, de guerreros
y romeros que van a Tierra Santa.
En el hondo misterio de las frondas,
a un extraño conjuro convocadas,
florece una oración que nadie reza,
palpita una canción que nadie canta;
sones que no se sabe donde brotan,
risas que nadie sabe donde manan;
besos que al aire vibran,
suspiros que alguien lanza...
En el páramo triste
marcan su verde traza
los pueblos, como oasis,
surgiendo de la inmensa llanarada.
Sobre arcilloso cono
una ermita se yergue, solitaria,
y si evoca oraciones al creyente,

es bélica también y reza o narra
combates de cristianos y de moros
(que acaso vió las épicas jornadas).
Con formas gigantescas de castillos
que baluartes trágicos destacan,
muéstranse altas mesetas, imponentes,
en una grave y majestuosa calma,
y a su pie, descansando adormecida,
reposa la llanura bien labrada
con islotes de tierras barbecheras
en la ondulante mar de espigas bravas,
donde brillan las rojas amapolas,
como gotas de sangre, salpicándola.
Deja el sol un reflejo amarillento
en la torre, lejana,
de un pueblo que sestea
adormecido en indolente calma.
En los montes ceñudos
hay tomillos y jaras,
y robles seculares,
y encinas milenarias;
hay gemidos de siervos de la gleba
y confusos rumores de batallas,
algaras (1) de milicias concejiles

(1) Esta palabra viene de la voz árabe «al-garah», con que designaban a las irrupciones rápidas y violentas. Hoy la palabra *algarada*—derivada de aquélla—se aplica preferentemente a las revueltas y alborotos callejeros.

por algún recio obispo acaudilladas.
Hay pinares extensos, adornados
de perenne verdor; su sombra aplaca
los rigores del sol cuando, en verano,
parecen las llanuras abrasadas.
Sigue, solemne, un carro
la carretera polvorienta y blanca;
no hay un árbol siquiera en el camino;
con triste lentitud las mulas marchan
y el granillo de hierro, prisionero,
que hace sonora la curvada caja
de cada alegre cascabel, dormita
en la horadada esfera que lo guarda.
Tendido, bajo el toldo,
el carretero va, sobre una saca;
lleva seco el gaznate, y lo refresca
con el claro vinillo de una jarra.
Sobre el oscuro y acombado toldo
del grave carromato, se señala
gruesa capa de polvo blanquecino
que, de lejos mirada,
nos da la sensación de que la nieve
sobre el caparazón posó sus alas.
Y aquella evocación del frío invierno
con el ardor canicular contrasta.
Por las maduras mieses
el viento, débil, pasa,
y en tenue movimiento
hace ondular las cañas.

De lejos, al mirar al horizonte,
nos parece que tiembla la llanada,
y semeja un incendio
que cuanto invade arrasa
aquel temblar ardiente
de rubias mieses que parecen llamas.
En algunos parajes es la estepa
tan uniforme y llana,
que en torno del que mira
el horizonte marca
un círculo completo, semejante
al que el cielo y el agua
al barco que navega en alta mar
con cristalina limpidez señalan;
y cuando el sol se oculta
del horizonte tras la línea clara,
nos da la sensación de que se hunde
tras el noble misterio de las aguas.

. . . . . .

. . . . . .

Bajo un sol asfixiante,
que atosiga y aplana,
en las eras las mieses se amontonan,
y hay un incendio de oro en cada parva.
Hablan de bellos días
las gavillas doradas,
los henchidos graneros evocando
y los días de paz para la casa.
Cuando llega la noche,

que la brisa embalsama,
van los mozos cantando
sus briosas tonadas
por el pueblo dormido, a alguna moza,
bajo la luna blanca.
Bien merecéis poetas que os canten
bellas cual sois, mujeres castellanas;
madres de los estoicos heroísmos,
novias del corazón, dulces hermanas.
Pueblecitos modestos
que en torno de la iglesia se abigarran;
pueblos pasados a cuchillo cuando
refugiaban indómita mesnada
y pasaba la guerra, como un rayo
asolador, sobre las tristes casas.
Pueblos cuyas iglesias de castillos
algo tienen; las torres achatadas
que sostienen la cruz, acaso en tiempos
un pendón castellano tremolaban,
y eran sones de guerra los tañidos
que lanzaban al viento sus campanas.
Acaso en la llanura,
sobre una loma dominante y parda,
cual mudo centinela de otros siglos,
sobre un pueblo dormido se levanta
algún bravo castillo, uno de aquellos
que otorgaron su nombre a la comarca.
Y parece que mira,
con un severo espanto en la mirada,

cómo recorre el tren, raudo y sereno,
sobre la recta vía, la llanada
que en los tiempos de gloria del castillo
cruzaban lentamente las mesnadas.
En los pueblos se alberga,
cual flor de tradición, noble y lozana,
la hospitalaria condición del hombre
que hace un seguro asilo de su casa.
La historia de Castilla
a la de otras regiones va enlazada,
y, admirando sus glorias y bellezas,
ella las quiere a todas como a hermanas.
Bajo el letargo inmenso de los siglos
y el peso de su historia sobrehumana,
en las graves mesetas monacales
duerme el gigante ensueño de la raza.
En sus sañudas luchas con la tierra
templaron bien sus almas
(aquellas nobles almas rectilíneas
cual las anchas mesetas castellanas)
ascetas y guerreros que llevaron
el alma de Castilla a tierra extraña,
donde sembraron su sentir sereno,
su noble proceder, su recia fabla;
esos mundos de América son suyos;
¡mundos que halló Castilla para España!
Como durmió Castilla,
durmió también la fatigada Patria,
y, mientras progresaban otros pueblos,

ella de sus empresas descansaba.
Pero no ha muerto, no; que vibra y surge
un ruido de colmena que trabaja,
un murmullo de glorias y de amores,
un himno palpitante de esperanza.
Vuelve lenta a la vida; pero vuelve
con ansias de vivir y fe en su espada,
confiando en el brío de sus hijos.
¡Salve, madre Castilla! ¡Eres España!

A UNA MONEDA VIEJA

Moneda medioeval: te he recogido
en la plaza de un pueblo de Castilla
adonde me llevaron los deberes
que hacen errante el curso de mi vida.
Estabas, herrumbrosa y olvidada,
junto a la humilde iglesia, donde había
sepulcros de un antiguo cementerio
que ahora el hombre, indiferente, pisa.
Distraído excavé, y entre las losas,
envuelto por la tierra humedecida
saliste tú; limpié tu recio cuño
y tuve al ver tu emblema una alegría.
Un león y un castillo aparecieron
grabados en tus caras y, en seguida
comprendí el simbolismo que encerrabas,
testigos de otros tiempos de hidalguía.
A Castilla y León conjuntamente
tu emblema de hermandad se refería,
y en el troquel vetusto de tu cobre
la fraternal unión vi enaltecida.
Eran aquellos días de leyenda;

tristes, inquietos, azarosos días
en que aquellos leones de mi tierra
a las árabes huestes embestían
y eran los pueblos que ellos rescataban,
a un tiempo de León y de Castilla.
Juntos los castellanos y leoneses
lograron empujar a la morisma
y, sobre el triunfo augusto de las armas,
se aseguró el amor que les unía (1).
Los pueblos, los castillos y leones
en monedas y escudos esculpían:
Vieja moneda que el pasado evocas,
altar de tradición: ¡Seas bendita!

En La Mudarra (Valladolid).

(Nada sabemos positivamente acerca de la precisa etimología del nombre de este pueblo. Sólo diremos que «mudarra», en árabe, significa «vengador»).

(1) Véase nota E.

ASTÚRICA AUGUSTA (1)

(1) Véase la nota F.

ASTRONOMIA ANALYSTA (1)

(1) Véase la nota V

ASTORGA

En las calles de Astorga hay un mágico encanto,
hay algo misterioso, dormido, triste y santo,
que sepulta en las sombras su ignorado dolor;
al pasar por las calles medioevales yo sueño
ver, tras de los cristales de algún balcón, al dueño
de dolientes amores, que aún aguarda a su amor.
Hay algo que da pena en la ciudad dormida;
parece que hay en ella un alma dolorida
que, ya desde hace siglos, soporta un gran pesar;
cuando llueve, las gotas de lluvia, tristes, cantan
una extraña salmodia; las sombras se agigantan
en la noche y se agitan cual las olas del mar.
La catedral sombría destaca la grandeza
firme, rotunda, sobria, de su épica belleza
en el azul del cielo, ciclópea y fantasmal,
y el recio Pero Mato, como ignoto guerrero
que blandiese una lanza, retador y altanero,
ostenta su bandera en la torre absidal.
Hay en el torvo ceño de puertas y murallas
algo que evoca un grave estruendo de batallas,

que emerge como vago fantasma luchador;
surge el *Castrum* de *Augusta,* que trazara el romano;
después, la plaza fuerte, donde el valor hispano
supo dar a la Patria sus ofrendas de honor.
La sonora campana de un humilde convento
canta su dulce estrofa con un son soñoliento
que angustia al sumergirnos en la meditación;
del órgano se oyen los encantados sones
que hablan de penitencias, de ensueños y oraciones
y evocan las dulzuras de mística visión.
Con su brava estructura, que bélica se ofrece,
el brioso palacio del Obispo, parece
el castillo roquero de un guerrero feudal.
En poética rúa se oye una serenata
y una voz amorosa se queja de una ingrata
que desprecia el galante tributo pasional.
Desde el jardín de Astorga, remansado y sereno,
vi una noche de luna al gigante Teleno
y en su soberbia cumbre vi la nieve brillar;
aparición magnífica, paisaje extraordinario;
semejaba la cima con su blanco sudario,
para el culto a la luna, un ancestral altar.
Astorga; misteriosa ciudad, ciudad dormida:
¡quién pudiera contarme los lapsos de tu vida,
tu vida de leyenda, de historia y tradición!
Ciudad de graves sones y trágico silencio
a un tiempo mismo; sueñas y yo te reverencio,
porque algún día hiciste vibrar mi corazón.

MOMENTO INVERNAL

Sobre el bruñido enlosado
en el que crece la hierba,
bajo el ampuloso adorno
de la fachada soberbia
con que, firme y majestuosa,
la Catedral se ornamenta;
en un rincón que es frontero
al viejo hospital, y muestra
artístico soportal
con las columnas de piedra,
pausados, ceremoniosos,
los canónigos pasean.
En aquel lugar tranquilo
hablan de cosas diversas,
así de glorias del Cielo
cual de asuntos de la tierra.
Un viejo beneficiado
lanza su tos triste y seca
y fuma su tagarnina
con ávida complacencia.
Se apoya en un bastoncillo

que es, más que bastón, muleta,
y alza los ojos, cansados,
próximos a la ceguera.
Otro canónigo, grueso,
alza su voz, fuerte y recia,
que en el rincón apacible
cual voz de reto resuena
y parece despertar
a las imágenes pétreas
que, en su letargo de siglos,
quieren pláticas serenas
y no rumor de combate
ni voz de canto de gesta.
La conversación se extiende,
los contertulios aumentan
y, a los regalos del sol,
en el rincón se congregan
y suben el diapasón
en las cosas que comentan.
Las «choas» (1), dando chillidos,
serenas revolotean
en torno de las dos torres
que la fachada flanquean,
y giran en amplios círculos,
luciendo sus plumas negras.
Con sus chillidos agudos
las fuertes voces se mezclan,

(1) Chovas o grajas.

y en el fondo de misterio
de aquel rincón, se reflejan,
en un eco rumoroso,
eco que canta o que reza.
Parece abrieron los ojos
las imágenes de piedra
y miran en torno suyo
con invencible pereza.
En un reloj polifónico (1)
dió una hora; de hablar cesan
los reunidos, y van
entrando en la magna iglesia.
Queda el silencio reinando
en el sitio en que estuvieran,
y envuelve todas las cosas
en un encanto que sueña.
Las estatuas se adormecen
de nuevo; el órgano suena,

---

(1) Es un reloj colocado
bajo un rosetón; semejan
representar noche y día
las mitades de la esfera,
que el artista relojero
colocó muy bien dispuestas.
Y va surcando el horario
(que representa una estrella),
el día, como un gran sol;
la noche, cual luna llena.

y los cantos religiosos
al silente rincón llegan
como un eco de ultratumba
que no rompe su serena
quietud; el sol deja en todo
su dorada luz; contempla
atento y ensimismado
un viajero la escena
y, en pos de su fantasía,
duda si está en una bella
ciudad de la bella Italia
o en una urbe leonesa...

FUERTE Y FIEL

Pastoril y sencilla
es la tierra astorgana
que revive la dulce
placidez de una Arcadia
cuando suena en sus valles
y en sus pobres montañas
la canción soñadora
de una añorante flauta.
A la tierra se encorva
la mujer maragata,
que trabaja los campos
y en la lucha se afana
en ausencia del hombre
que fué a tierras lejanas.
Su belleza se agosta
en la ruda batalla,
pero, fiel y valiente, nunca olvida
el amor que esperara
y, al fin, regresará... cuando Dios quiera,
y volverá a marchar, como marchara...

BERCIANA

EN LA CABRERA

«EL ÚLTIMO CARRO»

Terminó la vendimia de las vides bercianas
que en racimos fragantes ofrendaron su gloria;
los obreros, cargados con los últimos frutos,
en un pesado carro, pacientes, los colocan.
Es el «último carro»; ya no quedan más uvas
en la pródiga viña, que fué madre abundosa;
en las cepas, que dieron su tesoro de sangre,
quedarán, despojados, los sarmientos y hojas.
Es el «último carro»; va repleto de fruto
que se oprime en las tablas y en la cima desborda,
y al mecerle los fuertes y bruscos movimientos,
van cayendo, del jugo, impacientes, las gotas.
Los braceros y mozas que la vendimia hicieron
al pesado armatoste dan compaña y custodia;
van a casa del amo a pedir la merienda
y usarán como instancia improvisadas coplas.
La tarde está serena y, aunque ya el sol declina,
en el ameno valle es pesada la atmósfera;
en el ambiente flota un encanto risueño
que surge en las canciones que los mozos entonan.

Al pasar por los bosques de castaños y robles
el alegre conjunto se sumerge en la sombra;
suenan cantos y risas, y en la plácida vega
vibra un himno de triunfo que el trabajo pregona.
En las frondas del valle, desmayadas, susurran
las sensuales canciones de la brisa, en las hojas;
van las mozas y mozos retozando, y son ellas
las que, acaso, más bravas e insistentes retozan.
Este día de Octubre pone fuego en las venas
y suspiran y besan los campestres aromas;
irrumpen en el alma no gozados amores
y en el cuerpo se sienten inefables congojas.
Ya el lagar se divisa; los *pisadores* salen
a esperar, remangados y con las plantas rojas
por el baño del mosto, y en los brazos nervudos
la *masera* sostienen, donde un cesto acomodan.
Con azadas extraen del carro los racimos
y el cesto los recibe como disforme boca
y, cuando el jornalero a la espalda lo lleva,
las gotas que resbalan le enrojecen la ropa.
En torno de aquel lujo de incitantes racimos,
avispas y chiquillos, con impaciencia, rondan;
van todos... a lo mismo, y claro lo demuestra
el reir de los unos y el zumbar de las otras.
Descargados los cestos, y lavados, los dejan
tirados en el carro, y allí los abandonan;
después van los obreros a la casa del amo
para que les convide, según costumbre añosa.
Allí comen y beben, satisfechos y alegres;

luego bailan, y cientos de canciones entonan,
y a los amos festejan con las coplas urdidas,
y brindan por el vino de la cosecha próxima.
Terminó la algazara; van saliendo, inseguros,
por los amplios portones de la antigua casona,
con una risa extraña en los labios bermejos
y una canción incierta en las cansadas gorjas.
Brilla, clara, la luna y en la vega berciana
en los espesos bosques se refugia la sombra,
derrotada al empuje de los rayos de plata
que el follaje penetran para hundirse en las hojas.
Van las mozas y mozos entonando canciones
bajo el supremo encanto de la luz soñadora,
y sus voces se alejan, y a lo lejos se extinguen
como en plácido lago el temblar de las ondas.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

En las frondas del Bierzo, las bellezas paganas
a través de los siglos se mantienen briosas;
mientras cantan los mozos, la sonrisa de Baco,
coronado de pámpanos, abre su mueca irónica.

In Bérgido, Octubre, 1918.

(Véase la nota G.)

EL CULTO A LA VEJEZ

En una antigua posada
de la Cabrera, sentados
al cobijo de la lumbre,
huyendo de los nevados
campos, gustando el vinillo
que beben en grandes jarros,
están unos cuantos mozos,
muy alegres, bromeando.
Penetra un viejo que viene
también para *echar un trago*
y, pisando fuerte, quita
la nieve de sus zapatos.
Se descubren y levántanse,
al verle, los congregados.
Él dice: —Salúz; cubrirvos,
buenos mozos, y sentarvos;
al propio tiempo se quita
el sombrero, y al notarlo,
un mozo, el sentir de todos
le contestó, interpretando:
—No; sentarvos y cubrirvos
vos, que sodes más anciano.
El viejo, entonces, se sienta
y los demás se sentaron.

ROMANCES DE ENSUEÑO

EN EL HILANDÓN

En el hogar del labriego leonés, cobíjese éste en la parda casa terrera de las riberas y páramos o en la de pared de piedra y techumbre de pizarra o de paja, que se construye en la «Montaña» (1), celébranse en las noches invernales amistosas reuniones y, mientras en el exterior el mal tiempo prodiga sus inclemencias, hilan las mujeres, parlan graves los viejos, retozan las rapazas y rapaces, acariciados todos por el suave calor del fuego que arde bajo la gran campana de la chimenea. Rézase a veces y se recitan y comentan casi siempre raros sucesos, romances históricos y fantásticas consejas que convierten la milenaria vivienda en sagrado recinto donde, siglos ha, reciben culto la Tradición y la Leyenda.

---

(1) Llámase así a la zona montañosa del Norte de León, aunque hay también montañas en otras partes de la provincia.

EL PELEGRINO

A MI MUY QUERIDO AMIGO PEPE Fz. Y FERNÁNDEZ NÚÑEZ
ABOGADO Y EXCELENTE POETA

Esto, me contó mi agüela
que oyó dicir a un romero
una noche de hilandón,
sentadica junt'al fuego.
Era una noche mu mala,
mucho frío y mucho yelo;
mira tú cómo sería
que en tós los tejaus del pueblo
estaban escolingando
los pinganillos a cientos.
Estaban las calles blancas
con la lunica de Enero
que reflejaba en la escarcha
lo mesmo que en un espejo.
No andaba pol puebl'un alma,
se oía aullar a los perros
y el pueblico, ansi, talmente
paecía un cimenterio.
Había bastante genti
en casa del ti Fulgencio,

—un hombre que, ya, morióse
hace bastantes iviernos—;
un hombre rico y avaro
que, aparte del su dinero
a nada amaba en el mundo
más que a su hija, Consuelo,
una niña de quince años
espigadica de cuerpo,
ojos de dulce mirar,
blanca cara y triste gesto.
Estaban, en los escaños,
fumando *fuerte,* los viejos,
y las viejas mermurando
algunas, otras durmiendo
con las ruecas en las manos
y los husos en el suelo;
los mozos y las rapazas
emburriándose y riyendo
cuando resonó, mu fuerte,
en la puerta un golpe seco:
—¿Quién va, y qué quiere el que llama?
dijo altivo el ti Fulgencio.
—Yo soy pelegrino;
yo soy pelegrino, y vengo,
dijo una voz dend'afuera,
mu agradable de acento;
yo vengo de Tierra Santa
y de Roma y allá vuelvo
en cuanto vaiga a Santiago

Compostela; no me tengo
de frío. Por esta noche
sitio, en el pajar, vos ruego,
pa que descansen
mis pies sangrientos
que, las abujas de los zarzales,
me los hirieron.
—Pase el hermano,
que adrento hay fuego;
pase, no dormirá en paja,
que buenas camicas tengo.
—No puedo dormir en cama,
en paja tengo de hacerlo
por la promesa
que, ha tiempo, hi hecho.
Asomó por la puertica
y saludó en el momento:
—¡Buenas noches, y saluz,
a la compaña del dueño!
¡que Dios vos dé tanta gloria
como deseo!
—Pase a este lau,
aquí, ahora mesmo;
que vendrá muerto de frío,
con este frío de Enero...
Pasó el pelegrino
y quedó, derecho,
bendiciendo las llamas brillantes,
alantando las manos y el pecho.

Era un hombre joven y alto,
de aspeuto de caballero,
con ojos negros y grandes,
con la barba y pelo negros.
Llevaba un bordón d'encina,
con una cruz; el sombrero
estaba plagau de conchas
como el hábito, y al cuello
varias cruces y medallas
le daban adornamiento.
Llevaba un cordón mu largo
a la centura sujeto;
fardel y calabacica
y un rosario largo y negro.
Tenía las manos finas,
bastante crecíu el pelo,
y en las sandalias de esparto
metidos los pies pequeños.
Asín que se calentó
volvióse y les dijo presto
que él sabía de curar
enfermedades del cuerpo.
—¡A ver si acierta lo que yo tengo!,
dijo, agudico
y alampau, el ti Fulgencio;
yo tengo un ansia mu grande,
casi ni como ni duermo,
pos los temores me esaltan
siempre; miro mis graneros

y quiero llenarlos,
y nunca los lleno;
me paece que en todo me roban
y solo descanso si voy y lo tiento;
me paece...
—Dé usted a los pobres
parte del granero
si no quiere perder el tesoro
que le trae inquieto.
—¿Qué tesoro dice?
yo de eso no tengo;
mi tesoro es mi hija, y a esa
¡sí que no la pierdo!
—¡Que Dios le ilumine!
Poco a gusto quedó el ti Fulgencio
y, volviendo la cara a otro lau,
torció el morro y quedós'en silencio.
—Yo, dijo una vieja,
en la rabadilla *tal* (1) dolores tengo
que hay algunas veces
que no me meneo.
—Tome y dese, hermana,
con aquest'ingüento;
sanará. Y sacólo
del fardel que llevaba sujeto.
—Yo, le dijo una casada,

(1) «Tal dolores» es un modismo frecuente.—«Hay algunas veces», íd.

tengo este chico pequeño
todo tullidico
ya va p'año y medio,
y no me se mueve
ni lo entiende el médicu.
—Hágale un hervido
que tenga romero,
flor de malvavisco,
tomillo y cantueso
y dele a beber
en rezando un credo.
Como naide pidió más,
tos quedaron en silencio.
. . . . . .
. . . . . .
—Y usté ¿cómo marchó a Roma
tan joven? preguntó un viejo.
—Yo fuí a curar de un amor
y con el mesmo amor vuelvo;
aunque allá quise dejarlo
siempre lo llevo aquí drento...
Estaba, acurrucadica,
en un escaño, Consuelo,
y dijo con voz mu dulce
entoncias:
—Yo, hermano, tengo
unas tristezas mu grandes
y unos dolores mu recios,
sin saber por qué, pos nadie

me ha hecho mal, y a veces siento
unas ganas de llorar
mu grandes, y unos deseos
de morir, y unas extrañas
sacudidas aquí drento...
y... unos sueños tan alegres
otras veces que no puedo
tener, ya, más alegría
en cuanti que me despierto.
—Usté padeci de amores.
—Pero ¡si novio no tengo,
siñor!
—No importa; usté siente
un amor mu grande, imenso
y... pa esa enfermedá
yo no conozco el rimedio;
no curo las almas,
que curo los cuerpos.
Cuando yo vuelva de Roma
otra vez, si es que lo alcuentro,
descuide, que aquí vendré.
—¡Oh, por mí!...
—Lo haré, si puedo;
que soy pelegrino,
que soy un romero;
que soy pelegrino y voy;
que soy pelegrino y vuelvo.
. . . . . .
. . . . . .

A la mañana siguiente
marchó, templano, el viajero;
sigún dijeron entoncias
la niña le fué siguiendo.
No se supo qué fué della,
aunque tras della salieron;
yo no sé si llegaría
a Roma tras el romero;
yo no sé si quedaría
muerta en algún caminejo.
Era una mariposica
que se estaba consumiendo;
era una mariposica
que amaba la luz y el fuego...

NIDOS DE ÁGUILAS

(Montes Aquilianos.—Estribación de Telmo)

—Dime, pastor: ¿las cimas de estos montes
albergan nidos de águilas?
—Siñora:
hay más de muy bien dellas, y el rebaño
tiénelas que temer, porque lo estrozan.
—Y, dime, ¿son muy grandes? ¿cómo vuelan?
¿es cierto que estas águilas son rojas
y que, en noches lunares, hay reflejos
dorados en sus alas silbadoras?
—Yo non sei bien si son o no duradas,
ni si hay reflejos en sus alas corvas;
no las vide volar dinguna noche,
mas son águilas riales, y aquí abondan.
—¿Sabes alguna historia que relate
hazañas de ellas?
—A experencia propia
téngolas de saber, que yo he subíu
aunde tienen los nidos las ladronas
que roban los corderos, y he matau

algunas de las crías; pero agora
sabréis cómo dejáronme las madres,
a veces, señalau; en esta corva
me falta un cacho carne; en este brazo
tamién hay buena marca, y en estotra
mano, mirai que tengo cuasi al aire
esto de los tendones; ¡sí sé historias
de hogaño, síl, pero tamién de antaño,
de tiempos mu lejanos hay memoria
que en estas tierras eran el estrago
y los hombres temíanlas de sobra.
Dicen que los romanos..., o los moros
hallaron aquí tantas, que quedólas,
a las montañas, este nombre mesmo
que tienen, de las águilas traidoras.
—Sí; debe ser romano. Y dime, dime
una de esas leyendas que las nombran.
«—Hace ya muchos siglos, sigún dicen,
vinieron de mu lejos unas tropas
de hombres que eran mu listos y mu bravos,
y que sabían de bastantes cosas.
Dominaron los montes y los llanos,
hicieron carreteras, con baldosas (1),
levantaron palacios en el campo
y sacaron el oro de las propias
entrañas de estos montes, y llevábanlo

(1) Allí llaman así a las piedras labradas (para enlosar).

adornando las armas y las ropas (1).
En uno destos pueblos, que ¡Dios sabe
las trazas que tendrían!, una moza,
que tenía de hermosa mucha fama,
cuidaba del ganau, como pastora.
Y un día bajó un águila al rebaño
y fué a coger una cordera torda,
a la que más quería la mocina;
cuando expuesta a perderla, ésta, miróla,
fuerte agarróse a un ala de aquella águila;
la cordera birraba temerosa,
porque sentía ya que se cravaba
en su carne la garra... pero entoncias,
cuando a la mesma moza iba a cravarle
las garras, grita la rapaza hermosa,
y se presenta un caballero joven
que ya llevaba una espadica corta
en la mano; prencipia a darle golpes
al águila maldita, que, foriosa,
arañaba al señor, y a picotazos
quería desprenderse de la moza.
El águila cayó, por fin; el hombre,
que era un guerrero prencipal, se torna
pa ver a la muchacha y pa decirla
que ya estaba salvada; contemplóla
y al verla tan guapina, enamoróse
della; y sigún lo dicen las historias (1),

(1) Véase nota H.

la moza, agraecida, quiso al hombre
que, pasau algún tiempo, desposóla.»
. . . . . .
. . . . . .
De galante cortejo acompañada
vuelve a su alegre quinta la señora,
que vino de Madrid a ver su hacienda
y que subió de caza, retadora.
Va su bella cabeza, pensativa;
sus grandes rizos en el aire flotan
y flota en el azul su pensamiento,
que va embriagado con la añeja historia,
Aquel águila, fiera, que amenaza
a una zagala con sus garras corvas;
aquel guerrero que a la niña salva
y que de sus encantos se enamora...
Y aquel zagal, esbelto y aguerrido,
que la extraña conseja allí contóla;
bravo engendro del monte Aquiliano,
envuelto en la leyenda ensoñadora.
¡Ah!; sus serenos ojos, al hablarle,
fijáronse con fuerza en la señora,
y la mirada, firme y acerada,
fué, como garra de águila, traidora...

JUNTO A LA FUENTE

Dime tú, riberanica,
dime tú, niña, qué tienes
que trais la cara tan triste...
¡y la llevabas alegre!
Trais la cara palidica
y las lágrimas se quieren
marchar de esos lindos ojos,
envidia de otras mujeres.
Vite pasar a por agua
alegrica y sonriente;
vuelves con el cantarico
vacío, cual lo lleveste...
Yo, aunque aquí soy folastero,
cuando antes te vi fijéme
en que ibas alegre y ahora
te veo que triste vuelves...
Yo no te conozco, niña,
pero en el alma me duele
pensar, flor de la Ribera,
que sufres... dime: ¿qué tienes?

—¿Qué quiere que tenga, hermano,
si, cuando diba a la fuente
me esperaba un mozo y vílo
al llegar, con otra?
—Y debe
eso hacerte daño, hermosa?
con las que van allí, puede
que charlara tu galán,
mas no de amores infieles.
—De amores, de amores era;
que requebróla cien veces,
y la abrazaba el malvado,
y ambos reíanse alegres...
¡ay, Dios!
—Por tu amor no llores,
si tu amor se va, otro tienes;
iremos los dos por agua
donde tu amor se entretiene;
llenemos el cantarillo,
deja a mi brazo que apriete
tu talle de diosa y ríe
porque rabien los crueles.
Dudó la moza, pero eran
sus celos como las hieles
y, por burlar al antiguo,
con el nuevo galán fuése.
Con mirada retadora
recibe el que está al que viene,
mas no dícele palabra

por no mostrar lo que siente.
Todas las tardes la moza,
despechada, al caño vuelve;
va con el galán, que nadie
supo de donde viniere.
Poco a poco va escuchando
sus palabras, inocente,
y va gustando, gozosa,
sus frases, como las mieles.
El ruido del agua arrulla
el extraño amor naciente
y, allí, alguna vez, la noche
a los amantes sorprende.
Por una frondosa senda
la pareja al pueblo vuelve,
envuelta en el grato aroma
que Amor en el bosque enciende.
Una vez, cuando volvían,
la moza soltó, inconsciente,
el cantarillo, y quebróse
la frágil fábrica de éste.
Y una voz cantó, en la fronda,
brava, briosa, estridente:
—Niña; ¡tantas veces iba
el cantarico a la fuente!...

EL ÁGUILA RIAL

Por las montañicas
de Villamanín
iba una probina
con su borriquín.

La probina era muy guapa
y el burro era pequeñín;
¡ay probe, probina!
¡hay probe, probín!

Ella empezó a coger urces
y en el burro a las cargar
y, como estaba solica,
pronto escomenzó a cantar.

La su voz, muy dulce,
resonaba allí,
como si ella hobiera
la de un serafín.

Apareció un caballero
en su caballo trotón,
y al llegar junto a la niña
paró al bruto de un tirón.

Tenía los ojos negros
y en la probe los fijó;
entoncias ella los suyos
a la tierra los bajó.

Los criados se reían,
y el señor díjola ansí:
—Habrás de tener doncellas
si vinieras junto a mí.

—¡Ay, por Dios, siñor!
¿qué es lo que yo oí?
¡cállese, por Dios!
¡váyase de aquí!

—Cuidar haré tu hermosura
en palacio de marfil,
mi amor por ti guardaré
si tu amor guardas por mí.

Dos negros daránte guarda,
de damas te haré servir;
prendado de tu belleza
mi corazón quedó en ti.

A las ancas del caballo
llevóla al cabo el señor;
la niña callada iba,
el señor fué quien cantó.

Los criados se reían
y el borriquín se espantó,

y a la casa de la niña
espavoríu llegó.

Al verlo llegar sin dueña
dijo el hermano menor:
—¡El lobo comió a mi hermana,
el lobo se la llevó!...

La tarde estaba serena
y se iba escondiendo el sol,
y, sobre la «Peña Ovina»,
en la nieve reflejó.

Los cuervos y los milanos
iban de acá p'acullá
y, por encima del «Cueto»,
volaba un águila rial.

Los criaus eran los cuervos
y el amo el águila rial,
y entre todos fascinaron
a una paloma torcaz.

¡Pobre palomica!
¡No podrás tornar
a las alegrías
de tu palomar!
¡Pobre palomica!
¡No podrás volar
ni alegrar los montes
con el tu arrullar!

TIERRA BAÑEZANA

TIERRA BANEZANA

MI BAÑEZA

Bendita tierra de mis lares, patria
donde los seres que adoré reposan;
tierra de mis recreos infantiles,
de los ensueños de mi vida moza.

Mi tierrica bañezana,
tierra que yo adoro tanto;
la de frondosas riberas,
la de los alegres prados,
la de los poblados montes
que los hombres van talando,
poniendo viñedos donde
las encinas dominaron.
La del reguero Fontorio,
que es poético regalo
que unas fuentes de «La Chana»
mandan a un suelo secano.
En tus orillas del Órbigo
mis años niños soñaron,
y en ti, si yo llego a viejo,
soñarán mis viejos años.
Marcharé a lejanas tierras

por mi deber de soldado;
tal vez tarde mucho en verte,
pero estaré en ti pensando.
Si lejos de ti cayera,
he de caer suspirando
por reposar en tu suelo,
en el lindo camposanto
que es un pequeño jardín
y, en medio del rojo campo
que domina una nevera,
muestra su plácido encanto
ante los montes oscuros
y el horizonte azulado
en que, sobre la llanura,
se alza Teleno, nevado.

LOS OJOS DE LOS ÁLAMOS

Va por la carretera
un anciano;
tiembla en su mano inútil
el cayado;
no sabe adónde marcha
tan despacio,
ni, si al fin llegará donde le esperan
blancas manos.
Siente horrible inquietud, cual si al acecho
de su paso,
algún genio del mal se sonriera
con sarcasmo.
A todas partes, temeroso, mira
y sólo ve los ojos de los álamos
que están, fijos en él, tristes y abiertos,
como petrificados.

Una racha de viento
cruza el llano;
agita los arbustos

irritado;
silba dolientes quejas
suspirando
en la torre de humilde
campanario
y encorva la arboleda
furioso hacia la sierra caminando.
Las ramas, agitadas, se estremecen
ocultando los ojos de los álamos,
semejando la suelta cabellera
de una mujer llorando.

Ha llegado la noche
sobre el campo;
el viento, al fin, rendido,
se ha calmado.
Sólo turba el silencio
soberano
la indolente canción de los amores
que vibra en todo con su ritmo lánguido.
La luna brilla en las plateadas hojas,
encima de los ojos de los álamos
que parecen cerrarse, cual si el sueño
invadiera sus párpados.

Las sombras de la noche
se alejaron;
el sol sobre la sierra
va asomando;

recorren los gorriones
el sembrado
y la luz va extendiendo por el cielo
su prodigioso manto.
Suspendo mis canciones
y miro los sembrados;
distraído contemplo las palomas
que a bandadas recorren estos campos
y en torno de los pardos palomares
los giros de sus vuelos van trazando...
Están lacias las ramas y, ateridas,
ante el beso del sol van reaccionando;
por los troncos descienden lentamente
las gotas de rocío, resbalando.
Una penosa idea me ha invadido
al contemplar los ojos de los álamos;
no están como otras veces... Esos ojos,
¡parece que han llorado!

CARRETERAS DE LEÓN (1)

Sobre sus carreteras,
imponentes jalonan la severa llanada
las columnas de chopos, elevados y esbeltos;
cual soldados gigantes me parece que marchan,
con afán de quimera;
con el gesto valiente y la altiva mirada,
a ensanchar la llanura
y embestir la montaña
dando al viento las ramas, cual espadas agudas,
el metálico brillo de las férreas espadas.
. . . . . .
. . . . . .
Carretera querida,
carretera bizarra
que del Órbigo sigues la ribera frondosa
y que viste, arrogante, la ilusión de mi infancia;
recta y brava arboleda,
grey de chopos, gallarda:
cuando vuelvo a mi pueblo, tras forzosas ausencias,
un camino de gloria me parece que marcas.

---

(2) Véase nota I.

LA RIBERANA

Riberanica bella;
en tus ojos serenos
reflejas de las vegas
el encanto supremo:
aquella paz constante,
aquel idilio inmenso
en que se miran, dulces
y amantes, tierra y cielo.
Tiene tu tersa frente
el encanto risueño
de aquella tierra llana
que se extiende a lo lejos,
con sus campos frondosos
y sus chopos esbeltos,
y que halla en las montañas
próximas a Riello
y en las que son vasallas
del nevado Teleno
un límite esfumado,

azul, continuo y bello.
Hermosa riberana,
reina del noble suelo
en que nací: quisiera,
tal como te recuerdo,
hacer de ti un retrato,
aunque es enorme empeño
para mí, y rogar deba
perdón por el intento.
Tú, de las ricas vegas
del Órbigo y el Tuerto
eres la bella ninfa,
eres el ángel bueno;
tú incitas al trabajo
a los hombres de acero
que siembran en los campos
el sudor de sus cuerpos
que se torna en verano
en trigales extensos
pletóricos de grano,
combados por el peso.
La de la fresca cara,
la de robusto seno;
la de torneada pierna
que los cortos manteos
inician a los ojos
sin que te cuides de ello.
Hermosa riberana
que llevas en el cuello,

en múltiples collares
que dánte adornamiento,
sartillas diminutas
y corales bermejos,
crucifijos benditos,
medallas y amuletos
de plata repujada,
o de oro *de lo bueno*.
Sobre la frente se abre
la mata de tu pelo,
se divide en dos trenzas
que, a la espalda cayendo,
vienen a unir sus puntas
en un nudo sedeño.
Adornan tus orejas
grandes pendientes, llenos
de labores y piedras
con variados reflejos
cuyos pendientes son
martirio del pulpejo,
en el que marcan huellas
hasta lograr romperlo.
Bien plegado a la espalda,
cruzado sobre el pecho
y, después, anudado
formando al talle cerco,
tú llevas, envoltura
que ciñe el busto recio,
guardián de sus encantos,

polícromo pañuelo,
de ramas y de flores
dibujo pintoresco,
extraño para muchos,
chillón para los menos,
pero, para mí, marco
que en tu gracioso cuerpo,
entre el haz de colores
destaca el rostro bello
que tiene por corona,
de seda, otro pañuelo.

Viéndote en un domingo
pareces una reina
de los tiempos de antaño,
que camina a una fiesta
de damas y galanes
vestidos de etiqueta;
con tu zapato bajo
que una cinta de seda
sujeta en el empeine,
con tu calada media
blanca como la nieve
de la lejana sierra
o llena de dibujos
(según usanza añeja),
con tu jubón ceñido
que al cuello asomar deja
la bordada camisa,

con tus bandas de seda
de colores extraños
que al talle te sujetan
el delantal, y penden
por las amplias caderas.
En los sencillos bailes
que la gaita agarena
anima con sonidos
de pagana belleza,
y el ronco tamboril
con su tremar alegra,
tú sigues, cadenciosa,
rítmica danza vieja
y suenan en tus manos
alegres castañuelas.
Y cuando no es la gaita
la que en el baile juega
es el sonar monótono
de una gran pandereta
y el cantar de la moza
que toca la pandera,
o los morunos dejos
de la dulzaina tierna
que, en sus melosos giros
y en sus agudas quejas,
de algún garrido mozo
a alguna moza, lleva
de amores campesinos
la encantadora estela.

Tu corazón sencillo
adora las leyendas
y, en las noches de invierno,
en las noches de vela,
recitas, medrosilla,
junto a la gran caldera
que, bajo el hogar amplio,
ante la lumbre humea
rodeada de mozos,
de rapazas y viejas
en *hilandón* reunidos,
historias de otras tierras
en que aparecen duendes
y trasgos y quimeras,
gigantes, desafíos,
príncipes y princesas
bellamente y engarzados
en extrañas consejas
que encantaban las horas
—en la oscura Edad Media—
de un pueblo medio esclavo,
de una ignorante gleba.
Creyente como pocas
cuelgas en las iglesias
mil retratos extraños
de personas afectas,
ante el Cristo o la Virgen
a quien se hizo una ofrenda;
pones en las paredes

pies y manos de cera,
prendas de algún tullido
(o sus mismas muletas),
convirtiendo en museos
sui generis, con muestras
de cosas variadísimas,
las ermitas pueblerias.

. . . . . .
. . . . . .

En la callada noche
y en época de siega,
sentado sobre el césped
o sobre alguna cerca,
yo escuché entusiasmado
tus dulces cantinelas
que, envueltas entre aromas,
entre amores y penas
llegaban, unas tristes,
con extrañas cadencias
y giros melancólicos
que semejaban quejas;
otras eran vibrantes,
valientes y guerreras,
cantos de desafío,
sones de trompas bélicas
contra el amante ingrato,
contra la suerte adversa.
Al terminar los cantos
el ¡ujujú! contesta

y esparce por el llano
ecos de reto y fiesta.
¡Oh, bendita mil veces,
canción de la mi tierra!
¡Benditas las mujeres
que inspiran tus cadencias!

LAS JAJADORAS

Vienen de los sembrados, por carretera, las jajadoras;
en ancha fila avanzan, el jajo (1) al hombro y el pecho erguido;
los manteones crujen al recio paso, y ellas, reidoras,
al viento lanzan bellos leoneses cantos, a grito herido.
Los fuertes brazos unen y, cadenciosas, van avanzando,
y en sus coplas palpitan las ilusiones de la Fortuna;
la tarde, calurosa y adormecida, va declinando
y tras el monte asoma, llena y magnífica, la clara luna.
Las sombras de los chopos cruzan, precisas, la carretera;
el cielo azul se torna de un tono oscuro, noble y sereno;
los luceros alumbran, parpadeantes, la azul esfera
y el ambiente de mayo se muestra en todo de encanto lleno.
Cantan las roncas ranas su igual salmodia, continua y lenta;
los grillos monorrítmicos les hacen eco con gran porfía,
y, en tanto, fuerte vibra la poderosa canción violenta
con que las jajadoras lanzan al viento brava alegría.
A veces las canciones se tornan dulces y melodiosas;
amortiguadas, graves y ensoñadoras, hablan de amores,
y allá, en las altas ramas, sobre los chopos, dan harmoniosas
y sonoras endechas a sus amadas, los ruiseñores.

---

(1) Sacho o azadoncillo, cuyo pequeño hierro es de forma de corazón, generalmente.

La noche avanza; alegres las jajadoras siguen cantando
y en el silencio augusto del campo inmenso sus voces suenan;
repetidas y audaces las bravas coplas siguen brotando
y allá en la lejanía mil hondos ecos, dulces, resuenan.
Cuando el cantar termina, la última nota, lenta, destaca
mostrando la potencia de las gargantas y los pulmones;
el ¡ru ju jú! estentóreo, la gorja henchida, vibrante ataca
como grito de guerra que nace altivo de las canciones.
A veces van los mozos entrelazados con las mozuelas
que van con ramas de árbol y con mil flores engalanadas,
pues son las de ellas y ellos sencillas, nobles, almas gemelas
que marchan por la vida pura del campo, como hermanadas.
Las jajadoras saben las mil canciones de nuestra tierra
y acaso alguna de ellas en sus faenas inventarían;
que las luces de cielos, campos y amores tal vez encierran
y las bellas canciones a sus cerebros inspirarían.
Arrancan al sembrado las malas hierbas que le empobrecen,
y aquél, sin sus estragos, alcanzan pronto vida lozana;
así con sus canciones y la alegría que nos ofrecen
al alma quitan penas con su rudeza valiente y sana.
Al tiempo que la noche desposa al campo cual ser querido
irrumpen con sus cantos y entran al pueblo las jajadoras
igual que en un santuario que reposase, como dormido,
entraría volando bandada alegre de aves cantoras.
Con emoción recuerdo... Cuando era niño, cuando pasaban
y con sus voces recias interrumpían mis diversiones;
y en la tranquila calle los gratos sones se amortiguaban...
¡Oh! jajadoras sanas, fuertes y buenas... ¡dulces canciones!

EL «TÍO DE LA ESQUILA»

A LA MEMORIA DE MI QUERIDO AMIGO VICTORINO DÍEZ RIOL

Cuando era niño yo; cuando jugaba
en el portal de la morada vieja
y a los escaños de nogal subía
con otros compañeros de la infancia,
solía interrumpir nuestro alboroto
el son doliente de una grave esquila
que, asomado a la *entera* (1) de la puerta,
tocaba, tembloroso, un pobre anciano.
Su mano vacilante destocaba
la nevada cabeza, y el buen viejo,
siguiendo una costumbre centenaria:
—¡Ave María Purísima!, decía,
y después agregaba:
—Por las ánimas
benditas, que están en el Purgatorio!
Y, pasado un momento, canta humilde:
¡tilín!, ¡tilín!, la esquila tembladora

(1) Dintel.

y, con una voz ronca, el mendicante:
—«Padrenuestro...», rezando comenzaba.
De nuestros juegos el bullicio alegre
se quedaba suspenso ante el mendigo
y, contemplando la ancestral figura,
hubo en nuestra alma una incipiente pena.
Era el dolor macabro de la vida;
de la inerme vejez la cruel derrota
que ante el albor de nuestro ser surgiera
para mostrarnos un fragor de lucha.
Mi anciana abuela, ¡santa gloria goce!
me daba voces desde su aposento
y su pálida mano me entregaba
la limosnica para el viejo pobre
que me hacía besar al recogerla.
Yo bajaba, gozoso y anhelante,
y al viejo pordiosero daba el óbolo
que él besaba también para guardarlo
en el tosco cepillo que llevaba.
—¡Dios se lo premie! y otro Padrenuestro
tornó a rezar, marchando lentamente
a los umbrales de las casas próximas,
y, cuando ya la calle había traspuesto
aún nos llegaba el son de aquella esquila
que, en nuestro oído, triste resonaba
como un penoso cántico sencillo.
Cuando vuelvo a mi pueblo, es otro viejo
(u otro, u otro—la Muerte los releva—)
el que va con la esquila y el cepillo,

y la flor de oración entre los labios,
pero la institución caritativa
perdura, y un consuelo da a mi alma.
Me recuerda mis juegos infantiles
en aquellos felices días de oro
que se van alejando (porque huye
todo, en el raudo vértigo del tiempo).
Al ver al viejo la emoción empaña
mis ojos con un fuego que los quema;
y en mi mente revive el fiel recuerdo,
imborrable, de aquella mujer santa;
de la mujer que me enseñó, constante,
a ser humilde y a querer al pobre.

EL «TÍO REY»

Era un viejo mendigo de la alegre Ribera
del Órbigo; adornado el sombrero llevaba
con una gran corona de flores campesinas
que el viejo recogía para lucir sus galas.

Eran blancas sus barbas y sus ojos rientes,
y su color cetrino, y su talla pequeña,
y su andar animoso; bajo el roto sombrero
asomaba, rizosa, la crecida melena.

Llevaba al hombro a veces el nudoso cayado
que adornaba también con un ramo de flores;
pasaba ante las casas, la limosna pidiendo,
y lo hacía, risueño, entonando canciones.

Improvisaba versos, y con ellos cantaba
el generoso impulso del que le socorría,
la belleza arrogante de las tiernas doncellas,
las nobles excelencias de mi ciudad chiquita.

Los pequeños marchábamos saltando y sonriendo
en torno del alegre y popular mendigo,

de aquel viejo juglar que cantaba las glorias
de nuestra patria chica, de nuestro caro nido.

¡Ah, pobre viejo, amigo de mis primeros años!
años llenos de luz, cual tus alegres ojos:
ya te fuiste, y contigo marcharon al Misterio
ilusiones que nunca volvieron a nosotros.

¿Por qué se le llamaba «tío Rey»? jamás yo supe
quién le puso tal mote ni por qué se lo dieron;
pero fué afortunada la elección de ese nombre
dado al pobre mendigo, de tan gratos recuerdos.

Con la risa en la boca y por cetro el cayado
marchaba el pobre viejo, cantando, por la Vida;
era real la corona de flores que llevaba,
y un verdadero reino su infantil alegría.

CORRIDAS DE CINTAS

Hacia el campo del Arrote
van marchando los jinetes
y el espacioso camino
en polvo a aquéllos envuelve;
numerosos viandantes
también dirígense, alegres,
a disfrutar de una fiesta
que tanto les entretiene.
Es un día caluroso
de Agosto, y es el ambiente
en extremo sofocante,
pero su rigor contiene
la sombra de la arboleda
que aquellos sitios protege.
Su sed las gentes apagan
en la cristalina fuente
que, junto a la «Redondilla»,
claro espejo les ofrece.
En la anchurosa pradera
está formado el palenque,
y contra las estacadas
se apelotonan las gentes.

El grupo de corredores
a un extremo se establece
y van saliendo por turno
cuando lo indican los jueces.
Por salir a esta señal
están todos impacientes
y el público se entusiasma
ante los que más se exceden.
Si uno corre poco, gritan:
—¡Más corre!, los concurrentes;
y ante aquel que anda remiso
vuelven a gritar: —¡Más puede!
Las jóvenes que bordaron
las cintas que premiar deben
a los más afortunados,
con una atención creciente
están, por ver quién se lleva
la linda labor que hicieren
(que acaso sus simpatías
pedirán que *uno* la lleve).
En el centro de la pista
dos altos palos se yerguen;
en ellos hay dos anillas
y, a ellas sujeta, se extiende
una fuerte y fina cuerda
que queda horizontalmente,
cuya cuerda, en su mitad,
estrecho cajón sostiene
con una barra interior

en la que hay unos carretes
donde se arrollan las cintas
que han de coger los jinetes,
si en los aros terminales
sus agudos palos meten.
Algunas cintas son cortas
y, por la señal que tienen,
corresponde al que las coge,
en premio a su buena suerte,
otra bordada o pintada
por las hermosas mujeres.
Y es de mirar el orgullo
con que acercan los corceles
a la tribuna en que aquéllas
el galardón las ofrecen
poniéndoselo de banda,
sujeto con alfileres.
Pero hay carretes *irónicos*
que una sorpresa contienen,
pues cuando algún corredor
su palo en el aro prende,
y prosigue su carrera,
y llevar un premio cree,
gira el carrete *guasón*
y empieza a reir la gente,
que un gran trozo de *hiladillo*
contenía el buen carrete
en vez del premio soñado.
Cuando el corredor comprende

que está saliendo el cintajo,
avergonzado arremete
contra la cabalgadura,
que ninguna culpa tiene
de que haya cintas tan largas...
y hombres de tan poca suerte.
Terminadas las carreras
comienza el desfile alegre
y todos van comentando
los curiosos incidentes
que abundaron en la fiesta.
Entre los que al pueblo vuelven
va un *pollo* que, al lado de una
joven, marcha sonriente
y lleva al hombro una cinta
que ella bordó indiferente.
Y dijo un mozo del pueblo
al ver a aquel petimetre:
—Lucir, bien luces la cinta,
pero tú no la ganeste;
ganóla un mandado tuyo,
con trampa, dice la gente.
Si con ayudas ajenas
logras, al fin, lo que quieres;
si a engaños ganas la novia,
amigo, que te aproveche,
que el amor en esa forma
hay otros que no lo quieren.

LA TRUENA (1)

En la posada se meten
cuantos vienen caminando
y en sus caras se refleja el terror que les inspiran
el fulgor de los relámpagos,
el bramido de los truenos
y el horrísono chasquido con que rasga el cielo, el rayo.
Bajo la gran portalina
dan cobijo los carreros a sus carros,
y en las cuadras, presurosos,
van metiendo los ganados.
La tormenta desarrolla su furor omnipotente
y las ubres abundosas de las nubes van soltando
los raudales de la lluvia
que castiga las cosechas de los campos.
De la tierra que se moja
va ascendiendo un tenue vaho,
y levanta diminutas polvaredas el granizo,
cual si fuese una descarga de balazos.

---

(1) Llaman así a la tormenta.

Los que entraron en la casa
pisan fuerte con sus zuecos claveteados
y sacuden los pesados sombrerotes
que en las alas, levantadas, con el agua se llenaron (1).
—¡Santa Bárbara bendita!, dice un viejo campesino,
que penetra en la cocina, donde muchos se encerraron,
y, sin duda por quitarse pronto el susto,
a la moza, venterilla, pide un trago.
—Mala truena nos persigue
la labor de los sembrados...
—¡Mala truena!, respondieron los presentes;
mal negocio trai el diaño,
porque viene de Carpurias
y de allí nunca vendrá más que lo malo.
—Esas train los renoveros (2);
yo me alcuerdo bien que un año
nos metimos, como agora, en la venta «Las Gallinas»
un hombrín de Genestacio,
tres arrieros jiminiegos (3)
y yo mesmo, que portiaba con el carro.
Aguardemos que pasara una tormenta
que venía de Carpurias; descargaron
unos truenos que paecía el fin del mundo

---

(1) En los sombreros antiguos el ala formaba una canal en torno de la copa.

(2) Véase nota J.

(3) Aldeanos de Jiménez de Jamuz (pueblo en el que casi todos son alfareros).

que se estaba ya acercando.
La tormenta iba creciendo,
relumbraban los relámpagos,
y de pronto, mesmamente encima nuestro (1),
dió un tronido tan foriosu y tan extraño,
que agachamos las cabezas
y en el suelo cuasi todos nos tiramos.
Cuando alzamos nuestros cuerpos
nos volvimos nuevamente a los escaños
y, muerticos por el miedo,
empezamos a mirarnos...
Un olor de azufre había
que, por poco nos ahogamos.
Pero, amigos, nos quedamos heladicos
al mirar por el ventano:
en un chopo de allí enfrente
(un chopo de los más altos),
una sombra mu gigante se espurría (2)
sin tener piernas ni brazos,
a las ramas se agarraba,
por el tronco iba trepando
y, allá arriba, muy arriba, hizo una mueca
y marchó dispués, volando.
Asomamos a la puerta
y aturdidos mos quedamos:
al pie mesmo de aquel chopo,

(1) Modismo local.
(2) Como el que se estira, bostezando.

¡no diréis lo que alcontramos!
una piedra mu pulida y mu lustrosa
estrechina y retorcida, en zis-zás, igual que un rayo;
con la forma de una flecha
en la punta.
—Fué un milagro
que vos diera aquel disprecio el renovero,
y quedaseis pa contarlo.
—Pero el susto fué tan grande
que, entoá, no se me ha pasado.
—¡Me parece!; no es pa menos
el asunto...
—¡Callai, chachos!
que asomé por la puertica
y va el cielo despejando.

. . . . . .

. . . . . .

Ya, por fin, cesó la *truena;* las brillantes culebrinas (1)
se destacan en los montes más lejanos,
y a otras tierras, tenebroso,
marcha el trueno, rezongando.
Los alegres esquilones de las vacas
resonaban lentamente en el establo;
los ruidosos cascabeles de las mulas
escucháronse, en el patio;
arrieros, peatones y carreros
la jornada reanudaron.

(1) Llaman así al zig-zag, luminoso, del rayo.

Cada cual siguió la marcha interrumpida;
de la *truena* se acordaron
y un momento, al separarse,
temerosos se miraron;
sonrió la posadera
y los hombres se marcharon.
La tormenta vibra lejos;
lejos brillan los relámpagos
y, en la fértil fantasía lugareña,
allá van los «renoveros» por los campos...

UN AMO

(DE ANTAÑO)

—Mire usté, señorito; esta tierra
es mu pobre, mu triste y mu mala.
Siembra usté (es un dicir) dos iminas
de centeno, u tamien de cebada
(porque el trigo es un sueño sembrarlo)
y, dimpués que se abona y se labra,
llega el tiempo del vlano y ¡da pena!
cogeremos, por ahí (1), una carga.
Está ralo el sembrau, y está lleno
de amapolas, de yerbas y cardas,
y s'hace usté daño
pa segar las cañas.
¡Esta tierra no da pa la vida!
Está llena, señor, de pedrajas.
Y el Gobierno nos pone gabelas
y, si no le pagamos, embarga.
¡Si debía pagar el Gobierno

(1) «Por ahí» se emplea en igual sentido que «aproximadamente».

al que habita estas tierras tan malas!
No he podido traerle la renta
toda entera; traeré lo que falta...
—Pues no puedo pasarme sin ella,
con que usted lo verá si no paga.
—Señorito: por Dios se lo pido
no esconfíe que no se lo traiga...
—Yo no puedo esperar, y lo siento;
pero... no hay que apurarse por nada,
que en la mano de usté está el remedio;
yo no recordaba...
—¡Diga usté, diga usté lo que sea,
que lo haré con la vida y el alma!
Y ¡que Dios le premie
lo que por mi haga!
¡Si viera que pobre
mi vivienda se halla!
Fáltanme mil cosas
para la labranza
y ni grano tengo
pa la sementera, que es, cuasi, mañana.
—El remedio, le digo, es muy fácil;
tiene usted un cachito de casa
y, con una hipoteca tendría
lo preciso, y quizá le sobrara...
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

—He saliu de ahí medio loco;
tropezando y temblando de rabia
y, si no hubiá pensau en mis hijos,
po'l gañote lo agarro, y acaba
de hacer daño a la gente ese bicho
que no tiene vergüenza ni entrañas.
Hay trenta años que llevo las tierras,
que ya están pagadas,
con las rentas que he dau, sin dejarle
a deber ni un ochavo, por nada,
y, ahora que no puedo,
traidor me amenaza
con embargo, si no le hipoteco
(que es igual, pa quedarme sin casa).
. . . . . .
. . . . . .
¡Hay que dir pa la América; hogaño
no se puede vivir en España!

«CORRIENDO» LA ESCUELA

Fuéronse a «correr» la escuela
una mañana de mayo,
llena de sol y alegría,
catorce o quince muchachos
casi todos pequeñines,
pero «de la piel del diablo»;
más amantes de los nidos,
y de correr por el campo
que del encierro escolar
que de ellos quiere hacer sabios.
Recordando que en el monte
había nidos muy majos
de pegas, de gaviluchos,
de cuclillos y canarios
verdones, de cucuyadas
y de alondras, conspiraron
y, echando al hombro los bades (1),
salen, alegres, saltando,

(1) Cartera para libros.

sin dejar de alborotar
ni de hacer guerra a los pájaros,
llenándose de acederas,
cortando espigas y tallos,
y arrancando frutas royas (1)
de perales y manzanos.
Mientras iba para el monte
aquella legión de bravos
curiosas conversaciones
en los grupos se entablaron:
—Hoy nos trajeron la hogaza
y en seguida la encetamos;
yo no quiero la migolla,
a mí que me den rescaño.
Esto dice un pequeñín
su ración de pan mostrando,
mientras otro le da un golpe
diciendo: —¡Tira ese canto!
El pan rueda por el suelo,
huye el agresor, brincando
y riendo, y le persigue
el agredido, enfadado,
y al fin le lanza una *almendra*
(de esas de canto rodado),
mientras el otro se ríe...
y vuelve a desagraviarlo.

(1) No maduras.

Desde la roja tierra de una viña
muy ligero a una tapia subió un gato:
—¡Misín, misín!, le dijo muy meloso
un mequetrefe como el mismo diaño;
el gato, aunque algo inquieto, quieto estuvo
y le dejó que fuérase acercando,
pero el rapaz, en cuanto estuvo cerca,
presuroso tiró del largo rabo.
El gato, prestamente, dió al chiquillo
en la mejilla izquierda un arañazo
al propio tiempo que, furioso y ágil,
soltó un bufido y escapó saltando.
Restáñase la sangre el mozalbete,
haciendo más pucheros que un cerámico,
y ríen los demás el incidente,
bailando en derredor alborozados.
El gato, que iba huyendo, se detiene
y a nuestro héroe quédase mirando,
como diciendo: —Amígo; ven por otra,
que de esta vez saliste bien cardado.

En una fresca pradera
había varios caballos
y yeguas, que allí pacían,
y algunos potros brincando.
Se acerca un chico a un potrín,
pero al intentar montarlo,
aquél arranca de pronto
impetuoso galopando

y tirando *piroletas* (1)
que casi al chico alcanzaron.
Entre todos a un buchín (2)
bulliciosos separaron
y un rapaz se puso encima
con mucha soltura y garbo;
pero el buche, al verse libre
del cerco en que lo encerraron
emprendió un fuerte galope
y lanzó al suelo al muchacho;
mientras éste *mide* el suelo
saltan los demás, gozando.

Junto al sereno encanto de una fuente,
próximo, ya, del monte al arbolado,
sin vigilancia del pastor dormido,
reposaba tranquilo un buen rebaño
de ganado lanar, donde campaba
por sus respetos, un soberbio macho;
un carnero, crecido y gordezuelo,
con grandes cuernos acaracolados.
—A ver, si mocha; dice un mozalbete
poniendo al frente la extendida mano;
el carnero, salvaje y corajudo,
al verlo se sintió desafiado;
miró al rapaz, ladino y receloso,

(1) Coces.
(2) Borriquillo de cría.

bajando la cabeza y reculando
y, de pronto, partió como una flecha
donde estaba el chiquillo confiado
que recibió en la mano y en el cuerpo
un par de superiores topetazos
que le hicieron rodar sobre la hierba
pero sin producirle mayor daño.
—¡Buena mochada!, dicen los presentes;
levántase el rapaz, desesperado;
coge un canto, lo escupe, tose, guiña,
apunta hacia el carnero, con cuidado,
y le lanza la piedra con tal tino
que... va a dar en el tronco de un gran árbol!

A poco de entrar al monte
los rapaces, encontraron
un nido de gaviluchos
en una encina y, trepando,
un chico subió a cogerlo
y descendió transportándolo
no sin sufrir, previamente,
un soberbio picotazo
de la hembra, que guaraba (1),
y que se lanzó al espacio.
Había tres pajarines
abriendo el pico y piando.
—Están en carnetas, habla

(1) Incubaba.

un especialista.
—Guapo:
están en pelujo, dijo
otro profesor en pájaros.
Y otro añadió:—No, que están
en cañones, cacho bárbaro.
—¿Comerán ya «por su pico»,
si les diéramos?; llevarlos,
y les compraremos chófites... (1).
En esto, un guarda jurado
hizo allí su aparición
con su escopeta y su palo
dejando a aquellos barbianes
sobrecogidos de espanto.
Les hizo poner el nido
donde estaba, y caminando
él detrás de la *catáfila* (2)
los llevó a través del campo;
con ellos entró en el pueblo
y los puso a buen recaudo,
llevándolos a la escuela
y al buen maestro entregándolos.
Al ver a sus señorías,
éste, procedió al *reparto*
social, con una palmeta
y, en las extendidas manos

(1) Bofes. (Los gaviluchos son carnívoros).
(2) Pandilla.

del grupo de exploradores
de las selvas, fué dejando
igual número de golpes,
equitativo y enfático,
sin reparar en las lágrimas
ni hacer de berridos caso,
mientras los demás colegas
de encierro, regocijados,
les sacan la lengua, chillan,
y, con cínico descaro,
ante la breve nariz
colocan entrambas manos
empalmadas, y los dedos
menean, como tocando
un incógnito instrumento,
gozando del espectáculo,
por aquello de: «hoy por ti
y por mí mañana». Dado
por concluído el asunto,
el *pueblo* pasó a los bancos;
en ellos los *estudiosos*
jóvenes se desplomaron,
y agarráronse a los libros
igual que al grillo un penado.

COSILLINAS (1)

—Una cosillina
cuénteme usté, agüelo;
que todos las sepen
y yo no las sepo.
—¿Cuál quiés que te cuente?
—¡Una bien bonita!
—¿Quiés la de las *dainas*
que es de mucha risa?
¿Que no?; pues entoncias
otras te he contar;
¿estás ya bien listo?
voy a emprencipiar:
«*Una señorona*
muy enseñorada;
con muchos rimiendos,

(1) En esta composición figuran con letra bastardilla las adivinanzas o *cosillinas* recogidas del pueblo, que se conservan con la imperfecta rima que algunas tienen. Se varía la asonancia o consonancia para dar mayor flexibilidad al verso. Lo único nuestro es el modesto engarce que las une.

ninguna puntada.»
—¡Esa es la más fácil!
¡esa es *la gallina!*
—Pues que le den... morga
al que lo adivina.
—¡Conde! ¡soy más bobo!
¡cómo me ha pescau!
—A ver esta otra,
y pon más cuidau:
«*Ave me llaman de nombre,*
soy llana de condición;
el que mi nombre no acierte
es un grande borricón.»
—¡Esa es más difícil!
¡Cualquiera la sabe!
¿es otra gallina?
¡dice usté, que un ave...!
—¡No pué estar más claro!
¡esa es *la avellana!*
—¡Conde! ¡si es muy fácil!
Ahora otra más mala.
«*Larga, larga*
como una soga;
tiene los dientes
como una lloba.»
Esa no la aciertas.
—Dóime por vencido.
—Hombre ¡si es *la zarza!*
¿no lo has comprendido?

—*Una señorina*
muy arrugadina
. . . . . .
y... *atrás, una tranquina* (1).
—¿No la aciertas, hombre?
¡Si las hay en casa!
—¡Conde! Y... ¿con tranquina?
—¡Claro! ¡si es *la pasa!*
—«*Una vaca fosca*
va por el mar;
ni perros, ni lobos
la pueden aquedar» (2).
—Y ¿van por el mar
las vacas, agüelo?
—Pero ¡si es *el aire!*
—¡Es que nunca acierto!
—«*Hay un convento de monjas*
todas vestidas de blanco,
menos la madre abadesa
que se viste de encarnado;
más arriba dos ventanas,
más arriba dos luceros;
más arriba una alameda,
paseo de caballeros.
—¡Uy! ¡qué difícil es esa!
—¿Té das por vencido?
—¡Sí!

(1) Estaquilla.—(2) Detener.

—Pues las monjas son los *dientes,*
tan blancos como el marfil.
—Y la abadesa ¿quién es?
—*la lengua,* que es encarnada.
Los huecos de la nariz
representan las ventas.
Los luceros son *los ojos*
y la alameda es *el pelo,*
que en jamás está «habitado»
cuando hay limpieza y aseo.
—¡Ay, que risa! Bueno; ahora
una que yo la adivine.
—Pues pon cuidadico, a ver
si adivinas la que sigue:
—*Una vieja, reviejona,*
tiene un diente en la corona;
con aquel diente
llama a toda la gente.
—Pues eso no puede ser.
—¿Por qué?
—Porque no, señor:
¿quién va a llamar con un diente?
—*La campana!* ¡parlador!
«*Campo blanco,*
flores negras,
un arado
y cinco yeguas».
—No la acierto.
—Esta es *la carta.*

¿Todo lo que usté ha contado?
—Claro: *el papel* y *las letras;*
la pluma puesta en *la mano.*
—«*Topo, topero,*
todo vestido de negro;
ni es cura ni es fraile,
que es lo que digo primero».
—¿Cómo te quedas parau?
¿Entoá no lo adivineste?
—¡Ese es *el topo!*
—Mu bien,
rapaz; mu bien, ¡acerteste!
Ahora voy a decir una
igual que otra que he contau,
que, aunque dicha de otro modo,
trai el mesmo resultau:
«*Blanco como la nieve,*
negro como la pez;
habla y no tiene boca,
corre y no tiene pies».
—¡Conde...! ¡no sé!
—Pues lo mesmo
que antes. Tamien es *la carta.*
—Tiene usté razón, agüelo;
¡y yo, que no lo acertaba!
—A ver, a ver: «*¿Qué cosa*
se siente y no se ve?»
—Pero, agüelo; ¡qué bromas!
¡eso no puede ser!

—¿Qué no pué ser? Pues, hombre,
sin él no vive nadie.
—¿Sin cuál?
—Sin lo que digo.
—¿Y usté que dice?
—*El aire.*
—«*Tengo un cesto*
lleno de avellanas;
po'l día se esconden,
por la noche se escarraman» (1).
—Y ¿ese cestín, agüelo,
lo tiene en la dispensa?
—Pa ti, guapico ¡límpiate!
hablo de *las estrellas.*
Ahora te voy a decir
la última; tienes sueño.
—Algo se me abre la boca.
—Pues ¡al tito! (2) que ya empiezo:
Soy un caballero
buen mozo y gallardo;
tengo doce damas
para mi regalo.
Todas van en coche
y gastan sus cuartos;
todas tienen medias
pero no zapatos».

(1) Desparraman.
(2) Pon cuidado.

—No la adivino.
—Pues yo
lo tengo en este bolsillo.
—Usté tiene ahí... *¡el reló!*
—¡Claro! ¡qué chico tan listo!
—Que uste descanse; mañana
me tiene que decir otras.
—¿Te gustaron, eh? ¿que sí?
pues... la despedida ahora:
La que te voy a decir
ya te la nombré yo antes,
conque, serás un buchín
si no me la adivinases:
«*Una señorita*
muy enseñorada,
que siempre está en casa
y *siempre mojada*».
—¡Conde!... Y ¿dice uste que, ya
endenantes, me habló della?
. . . . . .
. . . . . .
Me hace usté burla sacando...
Ya lo adiviné; *¡la lengua!*

PESCANDO CANGREJOS

Bueno, pues ya hemos llegau;
saca los cachos da rana
y ponlos en los rateles
bien ataus, porque se agarran
los condrios de los cangrejos
y, si te es escuidas, se escapan
con ellos, y ¡tan campantes!
Echa p'acá la cacharra,
que tengo seco el gañote
y entoá (1) pica el sol, que alampa.
¿Trajiste el cacho cecina
y el pan? Bueno; pos prepara,
que voy a tumbarme un rato
aquí, que hay sombra. ¡Qué clara
está el agua!; si no fuese
que está hondo, me bañaba.
—Y espantabas los cangrejos.
—¡Cá! No se espantan de nada.

(1) Todavía (o entodavía).

—Lo dirás tú...
—Bueno; echa
los rateles en el agua,
pero a modo, entre las ocas (1).
Ahora a ver si pescas ranas;
coge el trapico encarnau
con el bramante y la caña;
hay que pescar seis u ocho
pa los rateles que faltan.
Mira; cerca tienes una
que toma el fresco, embobada...;
¡cóime! ¡ya se tragó el trapo!
¡empecemos la matanza!
—Pero ¡si aquí no hay cangrejos!
—¿Qué no los hay? ¡si es la mapa
dellos! ¡Estás apañau!
Tu coge ranas y calla.
. . . . . .
. . . . . .
—¡Ven p'acá! Trai las que tengas
y corre, que pae que hay *caza.*
—¿Por qué no las sacas tú?
—Porque no quiero; ¡bocaza!
Te traigo pa que deprendas,
y te quejas...
—¡Uy! ¡qué patas!
Hay cuatro en este ratel,

(1) Hierbas o algas de río; ovas.

como *trullos* (1).
—Pues, aguanta (2)
y saca los que aun quedan.
—Ya están; diez y seis.
—Estaba
seguro de que aquí había
la mar; ¿lo ves, malantraña?
Sigue sacando rateles
y verás que cachapadas (3).
. . . . . .
. . . . . .
—Déjalo ya, que escurece
y está bien llena la saca.
Ahora traime la merienda
y échame pá acá unas ramas.
—¿Tamién es pa que deprenda?
—¡Trai cerillas! ¡Te endilgaba
un golpe, así, a la mandriega...! (4).
¡Hombre! ¡te escontramillaba!
¿no quieres que los probemos?
Hay que echarlos en las llamas.
—Eso será lo que harás!
—¡Mejor! Ya está preparada.
Ahora se coge un cangrejo,

(1) Muy gordos.
(2) Date prisa.
(3) Con el envés de la mano.
(4) Redadas; puñados.

se le quita la bibarra (1)
y se le pone a la lumbre
pa que cambie de casaca (2)
Otro, y otro; merendemos...
y no te apures por nada,
que estas cuestiones de pesca
hay que tomarlas con calma.

(1) Tripa o recto del cangrejo, que se extrae tirando de la articulación central de la cola.

(2) Cambian, como es sabido, de color, en el fuego, poniéndose rojos.

DESPEDIDA A LOS QUINTOS

(DE ANTAÑO)

Cantan alegres los quintos
por las calles de la aldea
y en la noche silenciosa
sus recias canciones suenan,
al compás de las guitarras,
como despedidas tiernas.
Marchan al siguiente día
y pasan la noche en vela
mostrando que tienen bríos
y no les matan las penas.
Desde una ventana baja
así les dice una vieja:
—«¡Cuitadicos, cuitadicos
los que vos vais pa otras tierras,
que vais a sirvir al rey
y acaso irais a la guerra,
y dejais a las madricas
medio muerticas de pena!
Tal vez no fuerais vosotros

si dir los ricos hobieran,
que en gastar sangre de probes
fué siempre mayor la priesa
que en brindar la de los ricos
que la compran con pesetas,
igual que se compra un yugo
u que una mula se merca».
Pero un viejo veterano,
alegre y bravo, que ostenta
la cicatriz de una herida
que sufrió en noble pelea
en que luchó por España,
oyendo a la anciana aquella
recuerda sus mocedades
y así a los quintos arenga,
cual si en el alma escuchase
sonidos de castañuelas:
—«Eso viene ya de antañu;
no es dinguna cosa nueva,
igual lo conocí yo
que mi madre y que mi agüela.
Cantai, cantai esta noche
alegres y a la serena;
ponei ramos a las mozas
con rosquillas y cintejas;
cantailas muchos cantares
y dejailas bien contentas,
que ellas habrán de vusotros
buen recuerdo y buena prenda.

Cuando ya volvais p'al pueblo
vos las lleváis a la iglesia,
si es que los que ya han servío
vos dejan alguna de ellas
(pos llegan con muchos dengues
y vuelven con muchas tretas,
y saben más que vusotros
de melindres y finezas.)
Si no vos dejan dinguna
cortejáis con las pequeñas,
pue, pa entoncias... serán grandes
y estarán gordas y güenas.
Cuando estéis en el servicio
nunca olvidéis esta tierra
que, si allí hay güenas criadas,
aquí se crían mu recias,
y lo que se tiene en casa
no se debe buscar fuera.
Apañarse y conservarse
y que haiga salud y perras;
de lo primero tendréis,
lo segundo... ya, varea.
Vais a defender la Patria
y esa es la mayor grandeza
pa los hombres de coraje,
de corazón y vergüenza.
Si hay que dir a darle al moro
le daráis en la cabeza
qu'es en donde duele más;

conque... ¡a cantar y a correrla!
A beber vino, con modo;
a bailar, tamién con regla,
y procurai no pescar
dinguno una *filosera*
que mañana hay que andar mucho
pa llegar a La Banieza
y coger el tren *de* Astorga
que vos lleve pa otras tierras.

CUMEDIAS

«He aquí el tinglado de la antigua farsa...»
(Del prólogo de «Los intereses creados», de nuestro insigne Benavente).

En varios pueblos que están
cercanos a La Bañeza
celébranse ha muchos años,
en el día de la fiesta,
unas representaciones
que llaman siempre *cumedias,*
aunque a veces son dramáticas
y, no pocas, sainetescas.
Las variadas producciones
que en la aldea representan,
ya, desde Juan del Ercina
y Torres Naharro, remedan
las clásicas producciones
honra de la Patria nuestra,
hasta de Diego Corrientes
las andanzas pintorescas
del «bandido generoso»
describen en sus escenas.

En las referidas obras
salen frailes, monjas, dueñas...
de tal modo ataviados
que nadie los conociera
por tales; algunas veces,
si no nos lo *espricotean* (1).
Y todos con armas salen
(es natural; menos ellas),
pues no hay fraile sin su espada
ni doncel sin su... escopeta,
cual si temieran los cómicos
una invasión extranjera.
Esta afición a las armas
les convierte en unas fieras
e, impulsados por su brío,
impetuosos vociferan
aunque el arado dejaron
la tarde anterior, y vuelvan
a la mañana siguiente
a encorvarse con la esteva
(porque los cómicos son,
todos, gentes de la aldea
que en el escenario actúan
con íntima complacencia).
Se suele armar el tinglado
en medio de una plazuela,
y el público está a pie firme,

(1) Así dicen ellos, por «explicar» (o espricar).

si quiere y, si no, lo deja.
Y lo que más admiramos
es que haya quien la proeza
realice, de estar seis horas
de pie, lejos de *la escena,*
sin oír una palabra,
y viendo sólo las muecas
exageradas de algunos
cómicos que discursean,
y así sufren y resisten
del tiempo las inclemencias.
Estas gentes aldeanas
tienen mucha resistencia.
Perdonad que haya durado
tanto la descripción esta,
pues sale, si me descuido,
más larga que una *cumedia.*

—

En un pueblo... que yo sé,
para las cercanas fiestas,
buscan de «El Mártir del Gólgota»
las religiosas escenas
para asombrar al concurso
con la cristiana tragedia.
No había dificultades
para el reparto de aquellas
figuras extraordinarias
del drama de la Judea,
pero, al hablar de María

de Magdala, ¡allí fué ella!
pues, por haber sido *mala*
o, vamos... por lo que fuera,
ninguna moza quería
ser allí «la Magalena».
Y tuvo que ser un mozo,
Doroteo, «el de la Petra»
el que, «bien arregladico»,
supliría a una mozuela.
Después de muchos ensayos
todo arreglado se encuentra
y la brava «compañía»,
de su labor satisfecha,
espera impaciente que
llegue el día de la fiesta.
A presenciar la función
llegaron de las aldeas
muchos curiosos, algunos
de no muy próximas tierras.
Colócanse unos oyentes
en las ventanas y puertas,
otros en carros, que ocupan
el centro de una plazuela,
y ante el portal de una casa
el escenario se asienta.
Lo adornan grandes pañuelos
«de ramos», colchas de seda,
y otras telas de colores
que a tales efectos cuelgan.

Aunque con mucho retraso,
que nadie a explicarse acierta,
se alza el telón y, por fin,
el drama místico empieza.
Las damas hacen melindres
y contorsiones diversas
para mostrar que están, todas,
llenas de unción evangélica
y, por parecer enérgicos,
los actores vociferan,
sufriendo insultos y... golpes
Judas, Herodes, etcétera
(todos los que algún *papel*
poco simpático ostentan).
El concurso sigue atento
cuanto allí se representa,
algunas mujeres lloran
y algunas estacas tiemblan
en manos que las extienden
a los traidores de escena,
que, a estar cerca, *probarían*
varias clases de madera.
Llegado el momento crítico
en que aparecer debiera
aquella gran pecadora
en santa mujer conversa,
los cómicos se entretienen
diciendo algunas simplezas,
la «Magalena» no sale

y la gente se impacienta.
Uno del público grita:
—¡Que salga la «Magalena»!
otros repiten el grito
y el gran estrépito aumenta;
baja el telón de repente,
y sigue la bronca fuera.
De pronto cesan las voces
y en expectación se truecan;
uno desde el escenario
su pintada cara muestra,
entre unas telas de *angeo* (1)
que ser telón representan,
y dice, muy indignado,
mirando a la concurrencia:
—Esperaisos, si queréis,
y no tengáis tanta priesa
que, al fin y al cabo, estáis viendo
de balde nuestra cumedia;
esperai un poquitín
y saldrá la «Magalena»,
porque ha llegau ahora mesmo
y, en un istante, ¡se afeita!

—

Bravos amigos del arte
a los que jamás arredra
representar cualquier obra

(1) Arpillera.

de las de trama moderna
(como «Juan José», en Cebrones) (1),
alguna clásica pieza,
un dramón estrafalario
hecho sin pies ni cabeza,
algún paso religioso,
o las andanzas tremendas
de algún audaz bandolero,
allá, por Sierra Morena:
no sabéis cuánto me encanta
esta antigua afición vuestra;
es el arte primitivo,
los albores de la escena;
en fin, una evocación
de aquellas lejanas épocas
en que el escenario estaba
en los patios y plazuelas
y era, en Madrid, el más noble
el «Corral de la Pacheca».
Si alguien ríe vuestras frases
y vuestras obras comenta
con sorna, no le hagáis caso
y continuad con firmeza
la pintoresca costumbre
de representar *cumedias,*
que más vale que los hombres
se honren en estas empresas

(1) 23 abril 1916.

que se estén degenerando
metidos en la taberna,
mientras las madres sollozan
por el hijo sinvergüenza
que allí pierde la salud,
mientras las esposas rezan
porque su hombre no se embriague,
mientras las mozas esperan
aburridas en el baile,
que a bailar los mozos vengan;
que abandonando el vinazo
lleguen a bailar *la rueda*
y a decirles, al oído,
de amor, las dulces ternezas.

RETO

(DE ANTAÑO)

Si tienes el corazón,
Zaide, como la arrogancia,
. . . . . .
. . . . . .

(Romance.—Anónimo).

Dos mozos, uno de Huerga
y otro de Soto, trabajan
en sus respectivas tierras
a las que sólo separa
la carretera del Órbigo,
«de Veguellina» llamada.
Están *mullendo* los dos
unos *cuadros* (1) de patatas
y se miran de reojo
cuando las cabezas alzan.
El de Soto de la Vega
parece que tiene ganas

(1) Tierras.

de *conversación* (o bronca)
y así de repente, canta:
—«A la fiesta de mi pueblo
te conviene que no vaigas
porque, entrar te dejaremos,
pero puede que no salgas».
El de Huerga, sorprendido,
sólo dice estas palabras:
—Chacho, sí que cantas bien.
—¡Y recio! ¡Cómo Dios manda!,
el de Soto contestóle.
—¿Y de dónde es la cantata?
—Del mi pueblo, cuando dió
al tuyo una escurribanda (1).
—No me alcuerdo.
—¿No te alcuerdas
y lleveste tres pedradas?
—Pué que, si tú me lo cuentas,
tenga mejor alcordada.
—De sobra sabes que fuesteis
con muchas inflas, y estaba
ya prencipiada la fiesta
cuando entresteis en la plaza.
Nosotros vos esperemos
con un poquitín de guasa,
pues ya sabíamos cómo
dibais a salir pa casa.

(1) Paliza.

—Pues no podéis falar (1) mucho
vosotros, que no fué mala
la felpa que vos llevesteis
en la nuestra fiesta.
—Calla
y déjame que termine,
que de eso hay muchas palabras
que decir, tamién. Al grano;
fuisteis ande las rapazas
y con posturas y risas
emprencipió a galantiarlas
uno que llevaba pluma
en el sombrero... de pava (2).
—De pava, la pluma.
—¡Claro!
—De gallina la llevaba
alguno de vuestro pueblo,
aunque no se viera clara.
—De gallina no tenemos
dinguno pluma, ni nada,
que te coste, y lo probamos
el día que te contaba.
—Bueno, no me cuentes más,

(1) No se usa en La Bañeza esta palabra, como en Galicia, en el sentido de *hablar,* sino en el de ser pretencioso y fanfarrón.

(2) Llevaban y aún llevan algunos mozos una vistosa pluma, corta, en el sombrero.

que ya lo recuerdo, y habla
como se debe de hablar,
sin meter dinguna parda (1).
Bailemos lo que quisimos,
y cuando ya se acababa
la tarde, vos entró envidia
al ver que tó las muchachas
nos tomaban mucho aquel (2)
y uno dijo una bobada;
nosotros le contestamos
y, al poco, ya estaba armada.
Salimos pa las afueras,
pero todos; las pedradas
y los palos, menudiaron
y en el reparto llevaban
la mesma parte los unos
que los otros, cuasi.
—Anda,
que ¡bien vos escabullisteis,
y fuisteis de retirada!
—¡Si ya se hacía de noche!
Como no se avecindara
toa la mocedá de Huerga
en tu pueblo, ¿qué esperaba?
Pero si queréis probare
que el valor nunca vos falta

(1) Mentira.
(2) Simpatía, afecto.

y que podéis con nosotros,
tenéis la ocasión cercana,
pues la fiesta de mi pueblo
es dentro de dos semanas.
Tamién bailaréis'n el baile...
si vos quieren las muchachas;
tamién vos divertiréis
con las diversiones que haya,
pero en llegando la tarde,
y la atención terminada
de cumplir y de osequiarvos,
podéis salir de escapada,
porque va a haber un reparto
de golpes, que ¡Dios vos valga!
—El reparto, ¡bocalán!,
será pa los de tu casta.
—Lo veremos.
—¡Lo veremos!
—Y, ya que tanto te alabas,
te diré que no te vi,
ni reparé en tu arrogancia
el día de la pelea,
pero en la que se prepara
te buscaré pa que dambos
podamos vernos las caras
y ver si eres con los hechos
igual que con las palabras.
—Pues allí me alcontrarás,
y *probarás* la mi estaca.

—Y tú probarás la mía.
—Mu bien. Falar, mucho falas;
después, veremos los hechos.
Terminaron las bravatas
y, echándose con donaire
a los hombros las azadas
los dos mozos, muy erguidos,
volviéronse las espaldas
y fuéronse hacia sus pueblos
después de aquellas palabras
tan gallardas, tan bravías
y... dignas de mejor causa.

LA BISMA (1)

Y no hubo más que hablar; la mi Ramona
díjome cuando diba pa'l molino:
—Mira, que no sea'l diañu que escomiences
a chimpar tan templano, cundeníu (2).
Díjele:
—N'home (3), no; pues descansare,
que no quiero goler siquiera el vino;
estoy una miajica estornincau (4)
por mor de algún esfuerzo que hi teníu.
—¡Ay, Diosico, estás manco! díjome ella.
—De las manos no tal, que hasta te alico
si m'hicieras alguna de las tuyas...
—Digo que estás mancau; ¡ten cuidadico!
—Pue que sí, que antiayer cogí una quilma
bien grandecica, y bien llena de trigo,
y como hogañu ya no es uno fuerti
me pae que me quedé bien resentíu.

---

(1) Véase nota K.
(2) Condenado.
(3) Esta palabra suelen emplearla aunque se dirijan a una mujer.
(4) Dañado, quebrantado.

—Hay que dir a «Carreto», a que te encañe (1).
—¡Que le encañe a su agüela aquel bendito!
—El martes, que hay mercau, vamos a Astorga.
—¡Cómo me va a poner! ¡ay, cuitadico!
Total, que fuí p'allá; no vi a «Carreto»,
que estaba de vesita en el partíu,
pero vi a otru que lo mesmo hace,
pa curar las manqueras. Emprencipio
a contarte la cosa bien a modo (2)
pos fué una escena que en jamás la olvido.
Cuando llegué, me tuve que aguardare,
por haber mucha genti, un buen ratico;
antes que yo tenían que encañarse,
y también una vaca...
—Pero, amigu:
¡qué exagerau y qué trolero eres!
—¡Dígote la verdá del caso, chicu!
Dispués de que encañorun a la vaca
y otras dos u tres más (mojeres, digo),
tiróme el tíu aquel sobre una saca,
que allí en el suelo habían estendíu
y tenía una manta mu cotrosa,
y empezó a zarandiarme de lo lindo.
Me daba rempujones, me volvía
panza abaju, y me daba mil pellizcus;

(1) Curandero o encañador astorgano, que alcanzó reputación en el país.
(2) Con cuidado, detallando mucho.

dispués, púsome al pecho de unos polvos
encarnaus, que dejó bien cubiertícos
con eso que le llaman clementina,
y dispués, a la espalda más polvicos
blancos, bien abondantes; luego pusu
estopa bien pegada al mi cuerpico
y me dejó emplastau y hecho una estauta,
tan estirau com'un señor menistru.
—¿Y cuánto te llevorun po'l encañu?
—¡Cóime! me escabildaron un durico
que ¡bien lo sabe Dios!, entóa me duele
el haberlo sacau del mi bolsillu.
Dispués, pasaba el tiempo, y cuasimente,
no podía agacharme, amigo míu;
iba tan engomau y patitieso
que paecía mesmamente un señoritu.
Pa to'l trabajo estuve medio nútil...
—Bueno; y ¿dejóte bien del todo el tíu?
—Sigo cuasi baldau ¡cásome en su alma!;
pa tan y mientras viva estoy tullíu.

BANDO

Coservos y remendarvos,
porque da vergüenza vervos.
(Dístico popular).

—De orden del siñor alcalde,
los que me escuchéis, pararvos
y oirme con atención
lo que ahora voy a explicarvos.
Antiyer en el lugar
que le llaman «El restrojo»
se le perdieron los güeis (1)
al tí Juan, alias «Modorro».
Se le escaparon del plau
y de allí le esparecieron;
quejóse al siñor alcalde,
que manda que los busquemos.
Los güeis son grandes; asín
no es fácil de que se pierdan
como si fuese un carrete
que cai de una faltriquera.
El que algo supiese dellos

(1) Bueyes.

está obligau a decirlo
bajo la multa de tres
duros, en papel de oficio.
Los güeis son dos; uno negro,
con cascarrias abundantes;
otro tiene un cuadril blanco
y es cuasi mocho de alante.
Este que anda mal de cuerna
me pae que embiste el endino,
y trujo, por ser tan malo,
en el morro un cacho binco.
Conque... debo de alvertirvos
que tenéis que molestarvos.
y por avisaus tenervos
porque ya no vuelvo a hablarvos.
Pol campo desparramarvos
y, buscando los güeis, irvos,
porque, sino, prepararvos,
que el callar no va a servirvos.
Bueno, chachos; ¡conservarvos!

EN LA FONTANA

(DE UN BARDO LUGAREÑO)

Clara
fuente,
serena,
polida,
que el cielo
reflejas
y copias
la vida;
tú la viste
a mi mocica
que, por agua, con un cantarico,
llegóse a tu orilla.
Sonrióse
curiosina;
miró al agua
tan tiersa, tan limpia,
vióse en ella
tan guapina
que, al mirarse y al verse tan maja,

¡le entró una risina!...
Los carrillos, del lau de los ojos,
se le enrojecían
y le daba, a ella mesma, vergüenza,
escuchar lo que el agua decía:
—Blanca rosa de Mayo floríu,
que Dios te bendiga
y te guarde
tan guapica;
cuando pases, asómate siempre
y a mi fondo mira,
que en el claro cristal de mis ondas
copiaré tu figura divina.
Cuida tu belleza
que odiará la envidia,
y conserva tu blanca pureza;
¡rosa de hojas apenas abridas!
Al oír lo que el agua dijera,
mi mocina
acercó los sus labios de reina
como agraecida
y posólos al rape del agua,
na más por encima.
Fué a beber del agüica o besóla?
¿besóse ella misma
al mirar su retrato en la fuente
y verse tan linda?
. . . . . .
. . . . . .

Clara fuente,
serena, polida,
que conoces los castos secretos
de la mi mocica:
Dime, dime
si sentías
que, tranquilo, en su pecho latiera
el amor que tan fiel me ofrecía;
si, cual de una fontana riente,
en mi ausencia, constante, fluía...

MOLINERA MÍA

Molinerica mía:
de tu molino
¡qué poquina agua dejas
llegar al mío!
Echa el reboño,
que para mis amores
no das abondo.

Rosicas de mi huerto,
junto a la zaya (1)
donde mi molinera
sus ropas lava:
¡qué envidiosicas
estáis, de las dos rosas
de sus mejillas!

La piedra del molino
por ver tu cara
una estrofa de amores
alegre canta.
¡Dichosa piedra
que, por su suerte, gira
de ti tan cerca!

(1) Canal o brazo derivado de un río, generalmente para usos industriales, y para lavar.

CANTARES

Si quieres conversación
bien te puedes aguardare;
tu madre que te la dea,
yo no te la puedo dare.

—

Sólo mondo yo el mi pozo
si le aprieto al cigüeñal,
pero la maldá que tienes
no hay quien la pueda agotar.

—

Si vas al Cristu Palacios
traime, chacho, los perdones (1),
porque comiendo avellanas
oiré mejor tus razones.

—

Ya me han dicho que tu madre
te mercó bien buenas donas (2)

---

(1) Avellanas, higos, pasas, etc., de los puestos de las romerías, que los que no van a ellas suelen pedir a los que van.

(2) Regalos de boda; generalmente prendas de vestir.

y también te mercó... el novio,
que le costó muchas onzas.

—

Por esperarte en la fuenti,
por esperarte, mi amor,
estuve toa la mañana
al resisterio del sol.

—

Ven a jugar a la calva,
echaremos medio neto
y vamos pa La Banieza.
tan sanos y tan correchos.

—

Dices que tú, en la cumedia,
tienes un papel de flaire (1);
vas con espada y pistola...
¿pa qué las quieres, compadre?

—

¿Por qué te quedas callau
si quieres a esa rapaza?
Paeme a mi que tú estás, chacho,
pensando en las alpabardas (2).

—

—Escuche, madre, la música
que, va un poco, escomenzó.
—Canda la puerta, hija mía,
que hoy anda sueltu el Amor.

—

(1) Fraile.
(2) Embobado.

Vengo de Santo Tirso,
vengo mojada...
y no logro, del Santo,
verme casada.

—

A los hijos del ti Juan
conózcolos por la pinta (1);
en tó se salen al padre
(hasta en lo mucho que chimpan) (2).

—

En el tu balcón, morena,
pa que veas soy galán,
pondréte ramo y rosquillas
la víspera de San Juan.

—

Las unas serán azules
las otras color de rosa
y las cinticas, de seda
para que al pelo las pongas.

—

Si en el trigo y lo seruendo
me pintara bien esti año
me merco una yegua buena
y mando la burra al diaño.

—

Cogiste una *filosera*
po la mañana el dia'l Cristu

(1) Por el parecido.
(2) Beben.

y tuvístela empalmada
tamién el día'l Cristicu (1).

—

Decir, bien me lo dijistes,
llamar, bien me lo llamestes,
pero salistes cardau,
que ¡buen guantazo llevestes!

—

(AL PASAR)

—Vaiga con Dios, el del macho.
—Vay tu bien, el del pollino.
—Conservarse, ti Meterio.
—Que pinte bien, Miguelico.

—

Baide; baide por la noche
por la carretera alantre,
que el bolsillo te escordiñan;
baide sólo, ¡baide, baide!

—

Riberica de mi amor,
Ribera alegre y lozana;
tierra serena y bendita,
¡Riberica bañezana!

—

Siempre estoy de ti alejado
cual si sufriese condena;

(1) Siguiente al de la fiesta del Cristo, y también festivo en algunos pueblos.

pero yo siempre te veo,
aunque esté lejos, muy cerca.

—

Dende que tú sos Alcalde
estás en el Untamientu
lo mesmo que está un rapaz
con los berduguises (1) nuevos.

—

Al ti Rosendo, «el Pintojo»
alcontrélo algo labrau (2);
moriósele la pollina,
la disgracia le ha palpau (3).

—

Cuasimente es lo que digo
lo mesmo que tú dicías;
yo, que no me enrecordabas,
y tú, que no me querías.

—

(1) Borceguíes.

(2) Desmejorado. Esta expresión es bastante gráfica, pues quiere indicar que parece le quitaron carne de la cara, en analogía con lo que ocurre al trabajar, o «labrar» la madera.

(3) Le ha hecho visible mal efecto. También tiene su graficismo esta palabra, porque, aunque empleada aquí en sentido cómico, el significado es el mismo que cuando se aplica a una desgracia familiar en que el dolor demacra. Parece como si la desgracia, *palpando* con su invisible mano el rostro del que sufre, modelase en él la huella del dolor.

Mira como rosna el burro;
mira como berra el cocho;
mira... como canta Quico
(que lo hace pior que *los otros)*.

—

Canta y rueda, canta y rueda,
ruedica del mi molino;
¡qué hago sin mi molinera!
¡pa mí todo ha escurecíu!

—

Pa mí todo ha escurecíu,
nunca vendrá la mañana;
morióse la molinera
que la vida me alegraba.

—

Como vosotras doy vueltas,
ruedicas del mi molino;
doilas buscándola a ella,
con el corazón transíu...

POST OPERA

Estos versos, lector, son los de un caminante; son los de un peregrino del deber que, cumpliéndolo, recorrió las frondosas tierras astures y las montañas y valles de León, que vivió en Castilla y visitó, cuanto pudo, el leonés rincón en que nació.

Fueron escritos al azar, respondiendo a sensaciones del momento, y así nació alguno en elevada cumbre o en tétrico paraje y allí fueron escritos, casi tal como están.

Nacidos los más de ellos en el campo, hijos de la ventura y del ensueño, ya ves bien que son pobres de ropaje, y así se acogen a tu benevolencia para que ella ampare la pobreza de su presentación o, por lo menos, la disculpe.

El autor, como buen leonés, quiso rendir a su tierra un homenaje de veneración y de amor; y este libro, portador de la ofrenda, no tiene otra pretensión ni otro alcance.

El autor os ruega que así lo miréis y, al mirarlo así, le otorguéis vuestra indulgencia por haber osado cantar bellezas inaccesibles a su inspiración.

León, la mágica región apenas estudiada, espera novelistas que recojan el rico venero de sus costumbres, músicos que (como Rogelio Villar y Manuel F. Fernández Núñez, nuestro camarada de la infancia) se inspiren en sus bellas canciones, investigadores que (como Díaz Jiménez y Molleda, nuestro amigo) profundicen en el estudio de su Historia, pintores que reproduzcan los serenos paisajes de sus frondosas vegas, de sus austeros páramos, de sus atormentadas montañas y que copien (como hizo el gran Sorolla) la pintoresca indumentaria de sus aldeanos y, especialmente, de sus aldeanas, que han resistido, más que los de otras regiones, la invasión prosaica de las modernas prendas de vestir, aunque, por desgracia, esa resistencia se irá debilitando.

Pero León espera, sobre todo, a su poeta; al poeta que cante sus guerreros y sus mártires, las románticas historias de sus castillos, la serena belleza de sus campos, la severa grandiosidad de sus monumentos, la esplendidez de su pasado, el cierto augurio de su maravilloso porvenir...

Bien venido sea cuando llegue, porque de todos recibirá reverente acatamiento. Y ¡ojalá sean legión los poetas y escritores que canten a la *Legión* gloriosa, consagrándose al culto del ideal, en su seguro engrandecimiento!

Hombres que adoráis el Arte: Recorred mi tierra y estudiadla. La amaréis.

NOTAS

A.

Aunque la fundación de la capital de León es bien conocida, copiamos breves referencias acerca de ella con carácter de vulgarización. Dicha ciudad fué fundada hacia el año 70, después de J. C., por los legionarios de la VII Gemina, y en la obra «Guía del viajero en León y su provincia», de don Policarpo Mingote, se dice: «conservó en su forma nativa el nombre que a sus fundadores plugo imponerle, que fué el propio de la Legión, hasta que por efecto de las vicisitudes que desde el siglo XII hubo de sufrir el lenguaje patrio, del ablativo latino *legione* se formaron sucesivamente las palabras romanceadas, legión, leion y *león;* y aun le transmitió con estas mismas variaciones al reino cristiano más importante de la Edad Media, como consecuencia de haber sido nuestra ciudad, desde García I hasta Fernando III el Santo, la metrópoli de tan vasto Estado y, como tal, su único centro militar y político.

Un león rojo, coronado y rapante, sobre campo de plata, constituye el escudo provincial; no faltando quien remonte su origen hasta los tiempos del heroico defensor de Covadonga»...

El Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano, dice: «Los romanos tenían muchas legiones geminas, y llamaban así a las que se formaban de soldados de otras legiones que, diezmados en los combates, habían llegado a ser tan pocos que era preciso refundirlos en una legión compuesta de dos».

B.

Destruída la ciudad de León por Almanzor, Alfonso V la restauró y reunió en ella, en 1020, un Concilio para dictar las leyes por las que había de regirse el reino, en adelante.

Allí se elaboró el famoso Fuero que redactaron obispos, abades y próceres (faltando representación del estado llano, por lo que, y por no votarse impuestos o subsidios que el pueblo había de pagar, algunos le niegan carácter de Cortes) y cuyos preceptos tendrían fuerza de obligar en León, Asturias y Galicia, según se dice en aquél.

Los primeros artículos legislan sobre propiedad de las iglesias, sus siervos, etc., y consignan el principio de que los bienes de las iglesias no prescribían por la posesión de 30 años.

El fuero fija reglas para mercados, tabernas, empleo de las pesas y medidas, pago de tributos por panaderos y carniceros..., penas pecuniarias y corporales, designación de jueces, fijación de jornales en la ciudad, para el año, etc. Tiene para los que violen el Fuero penas durísimas, característica de la ruda época guerrera en que se dictó, y de la capital importancia que a la intangibilidad del Fuero se daba, por la transcendental significación que al mismo concedían sus autores, para preparar el éxito de la magna empresa libertadora en que estaban empeñados.

El señor Mingote, en su «Guía» citada incluye la traducción del latín, de este Fuero, y hace notar la división de los súbditos en *contribuyentes* y *exentos*, la uniformidad en la acción de los tribunales de justicia, y otros progresivos preceptos.

Según el académico de la de Historia señor Ballesteros y Beretta, el *mozarabismo* penetraba en la actividad de los cristianos leoneses por la superioridad de la civilización musulmana, triunfante en Córdoba, que llegaba a aquéllos transmitida de modo cordial por los *mozárabes*, que habían sido rescatados del yugo musulmán por sus hermanos cristianos. La reacción contra el mozarabismo es el Concilio de León, de 1020.

Compréndese, que se hicieran sobrehumanos esfuerzos para no ser absorbidos por aquellos a quienes se trataba de expulsar del suelo patrio.

Notables trabajos se han hecho acerca de este Fuero, y seguramente alguno muy brillante obtendrá el premio de 2.000 pesetas que se adjudicará a la mejor edición crítica de aquél, en concurso abierto al efecto, con motivo de conmemorarse en agosto del año actual, en León, el 9.° Centenario del gran acontecimiento.

Terminaremos estas referencias reproduciendo las muy atinadas frases con que se comenta este propósito en el número de julio de 1919 de «La Revista Castellana» (Valladolid), que dirige nuestro amigo el ilustre escritor, poeta y bibliógrafo castellano, don Narciso Alonso Cortés:

«El Fuero de León puede considerarse como la Carta magna de la nación española. Con él nacen las libertades municipales; éstas son el origen de nuestra genuina constitución autónoma y democrática, pues una Constitución es el Fuero inmortal, ya que en él se consignan por vez primera derechos constitucionales como la inviolabilidad del domicilio, así como la independencia municipal administrativa y la conquista del poder judicial, que comenzó a radicar entonces en el municipio.

Por todo esto es el Fuero de León el monumento de nuestras libertades, que en él encuentran su expresión primera, pues la libertad del municipio es el fundamento de la libertad nacional».

C.

En 996 de J. C., el hagib del Califato (primer ministro) Ben-Abi-Amer o Almanzor, se lanzó contra León, sitiando su capital, que poseía poderosas defensas.

Dice Mingote en su citada «Guía», que León fué valientemente defendida por los leoneses «que acaudillaba el famoso conde gallego Guillén González, el cual, enfermo y todo, se hace vestir la armadura y llevar en una litera hasta la misma brecha abierta por los sitiadores cerca de la puerta occidental, consiguiendo reanimar con su presencia el abatido valor de los defensores, cansados de un larguísimo asedio y de tres días de reñidísimo combate».

A pesar de esta heroica defensa, León sucumbió y «sólo dejó el vencedor intacta una torre que, dicen los cronistas, se alzaba próxima a la puerta septentrional (¿será acaso la torre de los Ponce que se halla al Este y que por un defecto de orientación se habrá supuesto al Norte?), para que mostrase a las futuras generaciones la fortaleza de la ciudad que había sepultado entre los escombros»...

A un trozo de muralla, un pequeño torreón cuadrangular que, esbelto y renegrido, cubierto con un tejadillo, se conserva como reliquia entre las modernas casas, hemos oído nombrar en León, numerosas veces, «torre de Almanzor».

D.

No es este templo, en cuanto a la fábrica, el mismo que Ordoño II dedicó al culto, pero edificado en el mismo lugar, continuando el elevado pensamiento del citado monarca, puede considerarse idéntico.

Ordoño II cedió para tal fin el palacio en que habitaba, y que fué construído por los romanos para casa de baños y gimnasio; tenía tres espaciosas naves, y bastaron pocas obras para convertirlo en templo, cuya apertura tuvo lugar en el año 916.

Alfonso V y el obispo Pelayo II, lo mejoraron y ampliaron.

En el siglo XII, el obispo Manrique de Lara inició las obras de la Catedral actual, que duraron muchos años.

La Catedral de León, aparte su gran belleza arquitectónica y su puro estilo gótico, es única, quizá, en su bélico simbolismo, pues además de representar la idea religiosa, encarnó la de patria en su fundación, ya que fué erigida para conmemorar la victoria de San Esteban de Gormaz, contra los árabes.

E.

Fernando I unió, por su matrimonio con Doña Sancha, hermana del rey leonés Bermudo III, las coronas de Castilla y León, unión base del posterior engrandecimiento de España. En monedas de su reinado, ya aparecen grabados un león en una cara y un castillo en la otra. En algunos pueblos castellanos hemos visto en el escudo local, un castillo y un león solamente.

F.

Astúrica era capital de los *amacos*. Según Becerro de Bengoa, el nombre Astúrica procede del ibero *Ach-t-uriga*, pueblo o ciudad de las Peñas.

Ocupada por los romanos, que ya le dieron el valor militar que realmente tiene en relación con Galicia, Augusto le otorgó el sobrenombre de Augusta y la elevó a *convento jurídico*. Fué cabeza de región y una de las colonias imperiales.

De ella salían varias importantes calzadas.

En 1810 y 1811 fué sitiada por los franceses; resistió bravamente, y fué al fin tomada, dejando un alto ejemplo de valor y de amor patrio. Era gobernador militar de la plaza, el valiente general don José María de Santocildes.

G.

Bergidum estuvo situado en Castro de la Ventosa. Según Becerro de Bengoa, dió nombre a toda la región del *Bierzo*. Era *mansión* de la *vía nova*, y uno de los principales centros de vida del país. (No debe, pues, escribirse *Vierzo*, como es bastante frecuente).

H.

En las vertientes de Teleno y Montes Aquilianos, y en las inmediaciones del algunos pueblos del Duerna, principalmente, explotaron los romanos el oro y otros minerales.

En esta zona fué su permanencia duradera, y utilizaban las calzadas próximas para transportarlos a centros importantes.

En muchos pueblos se han hallado monedas y armas romanas; en San Martín de Torres, donde hay restos de un acueducto, se encontró una fíbula de oro, primorosamente labrada, que posee nuestro amigo el notable abogado bañezano don Eumenio Alonso.

En la llanura al pie del Teleno, debió haber lujosas residencias romanas, como lo prueban los magníficos mosaicos hallados en Quintana del Marco, propiedad de nuestro excelente amigo don Darío de Mata, ya fallecido, que regaló uno de ellos al Museo Arqueológico de León, reservándose otro, notabilísimo, del siglo I, con figuras de tamaño natural y delicados tonos.

Teleno fué consagrado a Marte.

I.

La carretera a que hace referencia esta composición, tiene en una sola línea recta más de 17 kilómetros entre las inmediaciones de La Bañeza y Hospital de Órbigo, y sigue la bella ribera de este río.

Los esbeltos chopos de esta carretera van cayendo a los golpes del hacha, pues parece que han sido vendidos.

Esta poesía consagra nuestros recuerdos de antaño, y éstos tendrán aún mayor vigor para nosotros, si los chopos desaparecen de allí.

J.

La Sierra de Carpurias está al S. de La Bañeza y S. O. de Alija.

Las tormentas que proceden de la parte de dicha Sierra, inspiran gran temor a los aldeanos, porque dicen son de malas consecuencias. Ignoramos lo que esto tenga de cierto.

El «renovero» es un ente fantástico de la tormenta. Algo como el «escolar» de los *vaqueiros de alzada* asturianos, el «nubero» de los otros aldeanos de dicho país, y como el «tempestari» de las Galias.

K.

Bizma. Dice el Diccionario de la Academia de la Lengua, que esta palabra «viene de una griega que representa fuerza, compresión. Es un emplasto para confortar, compuesto de estopa, aguardiente, incienso, mirra y otros ingredientes».—«Pedazo de baldés o lienzo, cortado en forma adecuada a la parte del cuerpo a que ha de aplicarse, y cubierto de un emplasto».

En la región bañezana es grande el empleo de este remedio, cuya eficacia desconocemos, y los *paisanos* (como allí son llamados los aldeanos) con frecuencia atribuyen a *manquera* o dislocación afecciones diversas, especialmente las que pueden creer provenidas de un esfuerzo violento o de un traumatismo, habiendo en el país algún curandero o *encañador,* que explotan esta tendencia, ignoramos si con algún acierto.

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO	V
Ofrenda.—A. La Bañeza	3
Proemio.—Evocación	7
¡Salve León!	13
LEGIO SÉPTIMA GEMINA	
La urbe	21
La catedral	25
EN LA CORDILLERA ASTURLEONESA	
El torrente	31
El puerto triste	33
¡Llegaré!	37
Ascetismo	39
Niebla	41
Transición	43
DESDE EL PARAMO	
Castilla	49
A una moneda vieja	57
ASTÚRICA AUGUSTA	
Astorga	61
Momento invernal	63
Fuerte y fiel	67
BERCIANA. EN LA CABRERA	
El «último carro»	71
El culto a la vejez	75
ROMANCES DE ENSUEÑO	
En el hilandón	79
El pelegrino	81

Págs.

Nidos de águilas. 89
Junto a la fuente. 93
El águila rial.. 97

TIERRA BAÑEZANA

Mi Bañeza. 103
Los ojos de los álamos. 105
Carreteras de León. 109
La Riberana. 111
Las jajadoras. 119
El «tío de la esquila».. 121
El «tío Rey».. 125
Corridas de cintas.. 127
La truena.. 131
Un amo. 137
«Corriendo» la escuela. 141
Cosillinas.. 149
Pescando cangrejos. 157
Despedida a los quintos. 161
Cumedias.. 165
Reto.. 173
La bisma. 179
Bando. 183
En la fontana. 185
Molinera mía. 189
Cantares. 191
POST OPERA. 197
NOTAS. 199

OTRA OBRA DEL AUTOR

«A TRAVÉS DE LA VIDA».—Poesías.—2 pesetas.

G 41489

POR MI TIERRA DE LEON

N. BENAVIDES